



El amor de Dios en nuestras vidas



René Alvarado

René Alvarado

Ministerio de evangelización católico, Pan de Vida, Inc.

www.elpoderdedios.org

renealvarado@elpoderdedios.org

2009

Dedicatoria

Deseo darle las gracias a Dios Padre todo poderoso por darme nuevamente la oportunidad de escribir un libro, el cual quiero dedicar totalmente a su gloria eterna.

También quiero darle las gracias a mí amada esposa Sonia, por la paciencia que ha tenido conmigo por tantos años que he dedicado a proclamar el Evangelio de Cristo, con tantas noches de desvelo esperando que regresara después de una prédica. ¡Gracias mi amor!

A mis dos hijos Cristian y Ruth, por su constante apoyo y sacrificio, por los fines de semana que no pudieron compartir conmigo por causa del Evangelio.

A mi sobrina Leslie Bautista por el arte de la portada. Gracias hija

Sin olvidar por supuesto a todas las comunidades que han sabido tenerme paciencia en cada una de mis predicaciones. Gracias porque por medio de ellas he aprendido mucho el verdadero significado del amor de Dios.

CONTENIDO

EL AMOR DE DIOS EN NUESTRAS VIDAS	3
Introducción:	3
EL AMOR DE DIOS EN MEDIO DE SU PUEBLO	10
La esclavitud:	10
La liberación:	16
El Desierto:	22
La promesa:	27
JESÚS HIJO DE DIOS, HIJO DEL AMOR.....	36
En el Tabernáculo se encuentra el amor	36
En medio de la miseria nace el amor:	42
El desierto por amor:	51
Jesús cumple la promesa	60
Qué difícil es amar cuando hay dolor	75

EL AMOR DE DIOS EN NUESTRAS VIDAS

Introducción:

En el Antiguo Testamento, encontramos una cita bíblica que nos habla del amor tan grande que Dios da a nuestras vidas: "Con amor eterno te he amado". Jer 31: 3. Qué realidad existe en esa expresión de Dios a través del profeta Jeremías. Para Dios, esa expresión es algo más que un simple dicho que todo el mundo repite de la boca para fuera. Para él, el decir que nos ama con amor eterno es mucho más profundo y mucho más intenso, que la única manera de poder descifrar su contenido es solamente el contemplar a su Único Hijo Jesús, clavado en la Cruz.

¿Por qué nos cuesta entender esa frase tan hermosa? Pues por el hecho de qué, somos tan limitados en ese mismo amor, que pensamos que el amor de Dios es semejante al nuestro. Pensamos con nuestra humanidad y no necesariamente en el espacio espiritual de Dios. Por ende, al escuchar del amor eterno, la piel se nos pone de gallina, y no logramos comprender la inmensidad de ese amor realizado en Cristo Jesús.

¿Cuántas veces Dios mismo demostró a su pueblo el gran afecto y su inmensa ternura, cada vez que ellos lo rechazaban? Una y otra vez Dios venía a su encuentro para liberarlos y una y otra vez parecían solamente llamarada de tuza, solamente se prendían en el momento de la liberación, pero luego se apagaban ya que no entendían la magnitud de su amor.

Recordemos por ejemplo allá en el Génesis cuando Dios le habló a Noé y a su vez este habló al pueblo para que dejaran sus maneras viejas de vivir, con tanto pecado e inmoralidad. Nadie le creyó, y ¿cómo terminaron? ¡Ahogados! (Gen 7: 17-24)

Del mismo modo andamos nosotros por la vida, ahogados espiritualmente, perdidos en las codicias de este mundo lleno de odio y rencor, de ira y faltas de caridad. Más sin embargo, Dios nunca se aparta de los que ama; te ama a ti, me ama a mí, ama al que nos dañó y al que dañamos. No hemos escuchado aquella canción que dice: "El sol sale para todos, para todos sale el sol. No importa las fronteras ni la raza ni el color...". Además cuando Cristo murió, él lo hizo por todos sin excepción, como nos dice las Escrituras. "El amor de Cristo nos urge, y afirmamos que si él murió por todos, entonces todos han muerto. Él murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para él, que por ellos murió y resucitó" 2 Cor 5: 14-15 Ese es el verdadero amor. Su amor eterno nos envuelve a todos, cuanto somos y cuanto poseemos.

A pesar de que hemos hablado de esto con anterioridad, se nos dificulta comprender el hecho del amor, especialmente cuando vemos a nuestro alrededor toda clase de calamidades (niños hambrientos, guerras, injusticias sociales, violencias domésticas, etc.) Dónde está el amor del que nos hablan, cuando nosotros queremos hechos concretos y no solamente las mismas palabras que solo son romanticismo y no le da de comer ni vestir al necesitado.

Todas esas son preguntas válidas que aunque parece difícil, son bien fáciles de responder. No es que el amor de Dios no esté allí; es que somos nosotros mismos los hombres, los que nos hemos separado tanto de su gran amor que hasta lo hemos perdido. Lo hemos abandonado por algún lugar en donde solamente existe oscuridad y lo más lamentable es que, ese lugar es nuestro propio corazón.

Si hay niños muriendo de hambre, es porque yo mismo no les doy de comer. Si hay guerras, es porque nosotros los hombres estamos llenos de codicia y soberbia que nos olvidamos de la paz, por el simple hecho de querer más materialmente y las ansias de poder; Si hay injusticias sociales, es porque somos cobardes y por tratar de salvar el pellejo, no queremos arriesgarnos a dar nuestra vida por la libertad del oprimido y, en eso está la falta de amor, no de Dios, sino que de nuestros corazones para los demás.

Es fácil hablar solamente de todo lo mal que está el mundo, pero qué difícil es accionar para darle una solución a lo malo que nos aqueja como humanidad. Lo que pasa es que como nosotros mismos venimos de hogares en los que se habló y se demostró muy poco el amor, es entonces que no podemos darnos cuenta de que solamente respirar, es como vivimos el amor verdadero de Dios en nuestras vidas. Porque no recibimos amor, es por eso que no podemos dar amor.

Nos cuesta comprender lo falibles que somos, pues en el mundo en el que vivimos somos "alguien"; cuanto más tenemos y entre más tenemos más amamos oprimir al desvalido, al indigente y hasta nuestra propia vida damos por amor al poder del dinero. Que tontos que somos. Pensamos que el interés de la vida es solamente aplastar al que no se puede defender porque no es rico como nosotros. Ahora que debemos de hablar no solamente de la riqueza material de este mundo como lo conocemos, pero hablemos de toda aquella riqueza interior que nos hace pobres exteriormente, aunque poseamos lo material. Estoy hablando de todos aquellos odios y rencores que guardamos en la bodega de nuestro espíritu; las vanidades y los falsos orgullos; los chismes, infidelidades, sexo desordenado, pornografía, golpes a nuestros hijos y/o a nuestros padres, abusos físicos y psicológicos. Todo eso es riqueza que nos va matando el alma y llevando nuestro espíritu por la calle de la desolación.

¿Cómo pretendemos vivir llenos de todo eso? Jesús mismo nos comparte en las Bienaventuranzas: "Felices los que tienen un **espíritu de pobre**, porque de ellos será el reino de los cielos" Mt 5: 3 Así como le dijo a aquel hombre cuando éste se le acercó y le inquirió que debía de hacer para seguirlo: "Cierta hombre importante le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?" Jesús le dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno, nadie más. Ya sabes los mandamientos: No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes falsos testimonios, honra a tu padre y a tu madre." Pero él contestó: "Todo esto lo he cumplido ya desde joven." Al oír esto, Jesús le dijo: "Todavía te falta una cosa: vende todo lo que tienes, reparte el dinero entre los pobres, y tendrás un tesoro en el

cielo; después ven y sígueme." Ante tal respuesta, el hombre se puso triste, pues era muy rico. Al verlo, dijo Jesús: "¡Qué difícil es entrar en el Reino de Dios para los que tienen riquezas! Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de Dios." Lc 18: 18-25

Ahora que debemos de entender que, cuando hablamos de la riqueza material, no quiere decir automáticamente que por el simple hecho de ser rico nos vamos a condenar ¡no! Lo que queremos decir es que debemos de saber cómo descubrir el amor de Dios en medio de esa riqueza material, cuando se pone al servicio de los más necesitados, de lo contrario, para qué lo queremos si eso solamente se convierte en rincón para el orín y la polilla, si nuestro corazón está atado a todas esas cosas que hablamos anteriormente. Un corazón que está lleno de inmundicia, nunca podrá conocer a plenitud el amor eterno de Dios en su vida; Podrá saber de él, pero nunca sabrá la profundidad ni mucho menos, el significado de la entrega de su único Hijo a la Cruz del Calvario por la salvación de sus pecados.

Es importante pues que tengamos una apertura total de corazón, para darnos cuenta que mientras vivamos odiando o guardando rencor, acumulando todo tipo de deseo de venganza, nunca lograremos experimentar su amor en nuestras vidas. ¿Qué hacer? Pues dice un refrán: "Del dicho al hecho hay mucho trecho". Es nuestro deber y obligación moral y espiritual de pasar de la oscuridad a la luz, del odio al perdón y del rencor al amor. No como una simple acción sin pena ni gloria, pero creyendo a totalidad que si Cristo murió por todos, entonces también lo hizo por mí, y si lo hizo de esa manera para que yo fuera salvo y reconciliado con el Padre, entonces de la misma manera debo yo de actuar en el mismo amor.

Solamente viviendo el amor de Dios, es cómo vamos nosotros a dar también ese mismo amor a los demás. Ya no vivamos preguntando: ¿En dónde está el amor de Dios? Más bien, digamos; "Aquí está el amor de Dios, porque hoy le doy de comer al hambriento, hoy visto al desnudo, hoy visito al enfermo y al preso" (Mt 25: 34-46) Y vamos un

poco más a profundidad: Porque ya no golpeo a mi cónyuge, ya no maltrato a mis hijos, ya no creo violencia en mi hogar con mis iras, etc.

¡Qué tremendo! Por qué preguntamos, dónde está su amor, cuando el amor de Dios está a nuestra derecha y a nuestra izquierda, sobre nuestra cabeza y bajo nuestros pies; ahí está su amor. En otras palabras: qué maravilloso sería el momento en el que pudiéramos visualizar su eterno amor, veamos a la naturaleza; los árboles en el jardín, los pájaros volar y los peces nadar. Cuando veamos que con el hecho de respirar, estamos experimentando su amor.

Entonces vivamos de acuerdo a su amor. Nos dice Jesús en su Evangelio: "Un mandamiento nuevo les doy: que sé amen los unos a los otros como yo los he amado" Jn 13: 34. El plan perfecto de Dios para nuestras vidas, es eso: que nos amemos con corazón abierto, aceptándonos y respetándonos como verdaderos hijos de Dios. Pero, qué de aquellos que se afanan por vivir alejados del amor, aunque dicen que aman, ellos solamente aman lo que les agrada o les conviene y no necesariamente lo que es incómodo o molesto. Veamos por ejemplo a Madre Teresa de Calcuta: ella vivió entre los enfermos, los desvalidos, los marginados, "entre los desechos de la sociedad" y más sin embargo, aun en la incomodidad que esto pudiera ser para muchos de nosotros, siempre tuvo el tiempo y sobre todo el amor verdadero de Dios para atender al necesitado.

En otro ejemplo del amor para los demás, lo podemos encontrar en Mahatma Gandhi: él logró la libertad de su pueblo sin violencia, más bien dando amor a los que le golpeaban y perdonando a los opresores, supo guiar a una comunidad que experimentaba dolor, sufrimiento, persecución y opresión.

Esto lo logró solamente viviendo y experimentando el verdadero amor de Dios en su propia vida y cuando llegó el momento, puso en práctica lo que ese amor significaba.

Cuántos otros hombres y mujeres vivieron y murieron demostrando el verdadero amor del Padre. Una canción secular dice por ahí: "El que

ama su vida la da y el que quiere pretende vivir y nunca sufrir". Eso es lo que muchos de ellos hicieron, dieron su propia vida por amor a sus semejantes. Algunos de nosotros solamente nos quedamos en el querer: "Porque todos sabemos querer y pocos sabemos amar" continúa diciendo la canción. Que realidad tan grande hay en esta expresión puesta por escrito por Manuel Alejandro.

Cómo pretendemos servir y convivir en el hogar, en la comunidad y en medio de la sociedad, si no queremos amar. El evangelio de San Juan en el 3: 16 nos dice bien claro: "**Tanto ama** Dios al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna". Eso es el Amor de Dios para nuestras vidas. Él la entregó cuando se dio a sí mismo en su Hijo Jesús por cada uno de nosotros.

A eso estamos llamados; no al reclamo del por qué no veo el amor de Dios, más bien, uniendo nuestras vidas a la vida de Jesús que en el momento que se entregó a la muerte, pidió que hiciéramos nosotros lo mismo: "Esto es mi Cuerpo que es **entregado** por ustedes. **Hagan esto en memoria mía**"

Lo hermoso de todo esto es qué, su amor es mucho más grande inclusive que la misma muerte. Él resucitó, y al hacerlo, también resucitó con él la vida eterna para los que creemos en su amor. No podemos decir que creemos en Jesús vivo, si no creemos que él murió y de la misma manera no podemos decir que el murió, sin creer que resucitó. Pero aunque creamos en los dos aspectos, si no nos damos cuenta de su amor realizado en nuestras vidas en medio de las experiencias que nos suceden a diario, entonces estamos negando tanto su muerte como su resurrección.

San Pedro nos lo dice claramente en su primera carta en el capítulo 1 y versos 3 al 5: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, **nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible**, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder

de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento”

En resumen: La razón de todo lo que somos y cuanto vivimos, es porque simple y sencillamente Dios nos ama con amor eterno y es hora de dar una respuesta a ese amor con nuestras actitudes hacia los demás.

EL AMOR DE DIOS EN MEDIO DE SU PUEBLO

La esclavitud:

En la introducción nos enfocamos en la pregunta: “¿En dónde está el amor de Dios?” y dimos respuesta lógica a esa interrogante. Pero para poder comprender lo que describimos anteriormente, debemos de profundizar primero que nada en la separación del hombre de las manos de Dios.

Dios ha creado el universo y todo lo que existe dentro y fuera de él. En medio de su magnífica creación, se dio cuenta que algo hacía falta, que todo lo maravilloso que hizo no estaba completo sin la presencia de un ser que fuera semejante a él. Así lo fue. Creo de la nada al hombre y del hombre a la mujer. Entonces se dijo así mismo: “El universo es ahora completo, pues he creado al que será el heredero del Reino”; y la Biblia nos cuenta en Génesis 1: 26-31 que vivían muy felices dentro del plan perfecto de Dios para sus vidas. Nada les faltaba y nada les sobraba. Todo era pulcro y radiante. Podía convivir con otros seres, las bestias terrestres, las aves del cielo y las criaturas del mar. ¿Qué les faltaba? ¡Nada! Y más sin embargo, el hombre hecho imagen y semejanza de Dios en su Espíritu, fue creado con cuerpo material y esa carne se encargó de llevarlo de la libertad al libertinaje. No se conformó el hombre con tener lo suficiente (que era todo), quería más y entre más tenía más poder obtenía.

Tristemente eso es lo que vivimos nosotros mismos. Somos creaturas hechas por las manos de Dios y en nuestro interior está la gracia del Espíritu de amor que nos brinda libertad y por supuesto, por otro lado está nuestra humanidad (la carne) y ella nos aleja de esa libertad y nos conduce por el camino del libertinaje. Dios nos creó, con libre albedrío, pero el mismo, lo hemos tirado a la basura por nuestra propia arrogancia.

Luego que el hombre (y la mujer también), con pleno conocimiento de las consecuencias, tomó la determinación de comer de ese fruto prohibido, adquirió la responsabilidad de las consecuencias de su

acción. Aquí no analizaremos si fue una manzana o una pera, pero nos concentraremos solamente en el acto que separó al hombre del amor de Dios.

Cuando él comió, descubrió que no solamente existe la luz, pero que también existe la oscuridad y las tinieblas. En su aceptación de aquel fruto, descubrió su propia desnudez y su pequeñez ante la grandeza de su creador. ¿Qué fue lo que lo llevó a descubrir todo aquello? No es que Dios lo tuviera oculto y que no quisiera que él fuera descubriendo todos los aspectos de la creación, pero más bien fue su propia naturaleza que lo indujo a la curiosidad y en ella se dejó caer y al reaccionar supo en su corazón que había traicionado a Dios y que con su acto abusó del amor tan grande que el Padre había depositado en él.

En ese momento, al verse descubierto, entendió a plenitud que su tiempo estaba contado, que pasó de un ser inmortal a uno mortal (Sir 18: 8-9) que su vida terminaría que lo que viviera le costaría. Ya nada sería gratuito; con sacrificio se alimentaría y con el sudor de su frente se mantendría. Claro que lo único que permaneció gratuito fue el amor incondicional de Dios para él y si no hubiese sido así, Dios Padre lo hubiera exterminado desde el principio. No fue así. A través del tiempo demostró, una y otra vez que su amor es por siempre; perdonando nuestras faltas, sanando nuestras heridas y llevándonos sobre sus hombros cuando cansados del camino nos debilitamos.

Es maravilloso ver como el Padre no se aparta de nuestro lado aun así nosotros nos alejemos de él. Siempre hemos escuchado ese dicho: "Bendito sea Dios pues encontré a Jesús". Es que Jesús nunca estuvo perdido. El mismo hombre es quien se ha separado de él y cuando todo le va mal entonces el culpable es Dios.

La realidad de todo es que somos nosotros los que nos apartamos de él con nuestras actitudes y como resultado de ello, nos hacemos esclavos del pecado. Ahora qué, no por eso Dios se aleja de nuestras vidas, al contrario, él siempre está en la búsqueda y a la espera de sus hijos descarriados. Esto está bien claro en la parábola del hijo pródigo.

Somos cada uno de nosotros esos hijos que tomamos la decisión de irnos al lodo y más sin embargo, en medio de ese mugrero, Dios escucha nuestros ruegos y suplicas.

Dios nos da la oportunidad de conocer la vida, para que veamos lo que mejor nos conviene. Ser libres nos permite escoger entre estar encadenados al libertinaje del pecado o al conocimiento de la Verdad que nos hace libres (Jn 8: 34) Ahora bien, tenemos que discernir sobre esa Verdad de la que habla Jesús. Realmente la Verdad es su amor infinito y si conocemos y vivimos en ese amor entonces seremos verdaderamente libres para perdonar, para aceptar a los demás tal y como son y sobre todo para que nuestras vidas sean consagradas totalmente al Señor en las buenas y en las malas.

No podemos ir por la vida simplemente quejándonos de todo aquello que nos ocurre por consecuencias del mismo abandono o separación de esa Verdad. No debemos por ningún motivo dejarnos dominar por las cadenas que venimos cargando por los años que hemos vivido separados de su amor.

“En verdad, en verdad les digo: **el que vive en el pecado es esclavo del pecado**. Pero el esclavo no se quedará en la casa para siempre; el hijo, en cambio, permanece para siempre. Por tanto, **si el Hijo los hace libres, ustedes serán realmente libres**”. Jn 8: 34-36

Veamos lo que esto nos dice: “Pero el esclavo no se quedará en la casa para siempre”. El pecado no tiene y nunca ha tenido dominio sobre la creación de Dios. El problema ha sido que la misma creación (hablo del hombre), ha creído que el pecado es parte de su existir y que no hay nada en esta vida que se pueda hacer para salir o mejor dicho para romper con esa cadena que adquirimos desde el día de nuestro nacimiento (lo que conocemos como el pecado original.) Eso nos lleva no solamente a mentalizarnos psicológicamente a ello, pero también nos lleva a convivir con ese pensamiento. Si bien es cierto que por naturaleza el hombre (y la mujer también) es pecador, también es cierto que podemos salir de esa condenación si creemos en su amor.

Es por eso que Jesús habla de que el esclavo no se quedaría en esa oscuridad, más bien, él saldría a la luz de una verdadera libertad.

En el siguiente párrafo: "el hijo, en cambio, permanece para siempre", nos dice que no importa cuán esclavos del pecado hemos sido, que el amor eterno del Padre nunca se separará de nosotros. Eso es fácil de comprender y no necesitamos ser expertos o exégetas para entender que él, siempre nos acompaña como un verdadero y fiel esposo que se adhiere a la promesa hecha en el día de la boda: "en lo bueno y en lo malo; en la salud y en la enfermedad y en la abundancia y en la pobreza"; promesas que muchos de nosotros tomamos mientras estamos bien y que cuando las cosas comienzan a hacerse agrias, nos hacen pensar dos veces si seguir o no con el compromiso hacia nuestras parejas. Dios en su Hijo Jesús ha prometido nunca abandonarnos y de verás que eso es grande de su parte pues nosotros nos comportamos como esposas infieles que aunque lo tenemos todo con él buscamos las cosas de afuera, prostituyéndonos por las calles del pecado. Aun así él permanece siempre fiel en su amor y sobre todo nunca pierde la esperanza y la fe de que un día regresaremos de nuevo al hogar de donde un día salimos. "Se levantó, pues, y se fue donde su padre. Estaba aún lejos, **cuando su padre lo vio y sintió compasión**; corrió a echarse a su cuello **y lo besó**". Lc 15: 20

Que tremendo es todo esto. Ahora reflexionemos en el último párrafo: "Por tanto, si el Hijo los hace libres, ustedes serán realmente libres" Si verdaderamente creemos en sus promesas, entonces debemos de creer que si él nos dice que si permanecemos en él, entonces no importa que tan hundidos estemos en el fango, que él tiene el poder para sacarnos de ese lugar. Debemos de ser inteligentes como Pedro que un día se atrevió a caminar sobre el agua y en el momento en el que dudó, clamó con fervor al Señor "¡Jesús ayúdame!" y sin más, Jesús atendió (Mt 14: 30-31)

¿Cómo podemos decir que creemos en él cuando nos dejamos hundir por nuestras tinieblas? Si se nos preguntara en este momento si creemos en Dios, estoy seguro que la gran mayoría responderíamos que sí; y si la pregunta fuera si creemos que él nos ama, nuevamente

la respuesta sería abrumadora: "¡Claro que sí!" Pero la pregunta que se nos hace más difícil responder es la que nos pregunta: "¿Amas tu a Dios?" Por supuesto que la respuesta va a ser de la boca para fuera por tanto que nuestras acciones son completamente diferentes de lo que decimos.

Cómo pretendemos decir que somos libres porque Jesús nos ha dado la verdadera libertad cuando no vivimos de acuerdo a esa libertad que decimos tener. Es qué vivir libres en Jesús es abrirnos al perdón y la reconciliación. Veamos cómo es que al vivir con odios y rencores, con iras y desprecios, que son enfermedades interiores, nos llevan a enfermedades físicas. La verdad es que las dos están unidas una con la otra. Un día una hermana que cayó enferma de cáncer y ya a punto de morir, se abrió a la reconciliación y al momento en que perdonó, sanó de su cáncer. No es una historia que me estoy inventando en este momento. Para llegar a esa sanidad, ella tuvo que vivir su propio Egipto; al principio se comportó como el Faraón con terquedad y rebeldía. Le decían que debía de perdonar a aquella persona que le había dañado y que eso le daría el descanso que tanto estaba ansiando. Luego de las plagas que iban una a una acabando con su vida, llegó a encontrarse con ella misma en la oscuridad de su alma y al llegar el momento culmen, al instante de su muerte, se dio cuenta que había vivido por años encadenada al peor de los pecados y que estaba encadenada y entonces pasó de ser Faraón a ser hija de Dios. Fue entonces que aceptó que Dios le quitará esas cadenas y ahora después que le dijeron que solamente le restaban unos días de vida, ella vive anunciando el poder de Dios.

Eso es lo que nosotros debemos de vivir a cada instante en nuestras propias vidas. ¿Cómo no creer en su amor? ¿Cómo no rendirnos a él? Él es nuestro refugio y nuestra fortaleza. Él siempre está con nosotros, es nuestra Roca y Salvación. Porque él es grande y la razón de todo nuestro ser. No podemos ir proclamando que él es el Señor libertador si no vivimos un verdadero señorío en nuestras vidas. Es fácil ver lo que viene de la carne y para la carne todo es fácil, pero

si decimos que amamos a Dios, entonces los poderes de la carne no tienen dominio sobre nuestras vidas.

Nos dice Juan 8: 47: "El que es de Dios escucha las palabras de Dios; ustedes no las escuchan por qué no son de Dios" Cuando nos dejamos conducir por la carne y sus muchos pecados, y aun así nos atrevemos a decir que no nos preocupamos pues Dios de todas maneras nos ama, entonces estamos simplemente diciendo que nuestro dios es el Cochino pues a él si le gustan todas aquellas acciones que nos separan del amor del Padre.

¿De quién somos hijos? ¿Cuáles son nuestras actitudes y acciones hacia la vida y hacia los demás? Por supuesto que esto no es fácil. Todo tiene un esfuerzo y sacrificio, pero cuando ese esfuerzo y sacrificio se hace en pos de la libertad en Cristo, entonces todo lo demás viene por añadidura.

Reconocer que somos esclavos del pecado, es el primer paso hacia nuestra libertad. No pretendamos pedir nuestra libertad, cuando no estamos dispuestos a reconocer que hemos fallado a su amor. Recordemos nuevamente al hijo prodigo: "**Finalmente recapacitó** y se dijo: "¡Cuántos asalariados de mi padre tienen pan de sobra, mientras yo aquí me muero de hambre! **Tengo que hacer algo**: volveré donde mi padre y le diré: Padre, he pecado contra Dios y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus asalariados"

Eso es, debemos de recapacitar y ver nuestras realidades; preguntarnos cómo está nuestra vida y ver lo que hemos hecho con ella. ¿En dónde nos encontramos en este momento? ¿Qué necesitamos hacer o decir para devolvemos al Padre? Cada uno de nosotros sabemos la respuesta correcta a estas preguntas.

Nuevamente, podemos pensar que todo es difícil pues el hecho de cambiar nuestras rutinas significa que nuestros placeres dejarán de tomar control sobre nosotros y más aún cuando hemos vivido años esclavizados a esa cadena del pecado (cualquiera que este sea en

nuestras vidas) Pero debemos reconocer que cuanto más pensemos en lo difícil que es, entonces será así. La realidad es que todo esto es fácil si nos dejamos conducir por el mismo amor de Dios. Jesús dijo: "Carguen con mi yugo y aprendan de mí, **que soy paciente y humilde de corazón**, y sus almas encontrarán descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana". Mt 11: 29-30

Por supuesto que encontraremos baches en el camino, que la lucha será fuerte pues el enemigo no querrá que nos apartemos del pecado. Aun en nuestro propio hogar habrá conflictos que nos tratarán de separar nuevamente de su libertad, para volver al libertinaje. No permitamos que esas luchas nos hagan caer nuevamente en las garras de esa esclavitud de la que un día salimos; dejémonos conducir por el Señor que es a final de cuentas, el verdadero camino, verdad y vida. Jn 14:

La liberación:

Veamos por ejemplo al pueblo judío en el país de Egipto. Cuantos años sufrieron de la esclavitud y en medio de sus cadenas, clamaban a Dios por su liberación. Al principio parecía que Dios no escuchaba sus ruegos, pero ellos insistían. Un día de ese mismo pueblo saldría aquel que usado por Dios los llevaría a la liberación.

"Yahvé dijo: "He visto la humillación de mi pueblo en Egipto, y he escuchado sus gritos cuando lo maltrataban sus mayordomos. Yo conozco sus sufrimientos, y por esta razón estoy bajando, para librarlo del poder de los egipcios y para hacerlo subir de aquí a un país grande y fértil, a una tierra que mana leche y miel, al territorio de los cananeos, de los heteos, de los amorreos, los fereceos, los jeveos y los jebuseos. **El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí** y he visto cómo los egipcios los oprimen. Ve, pues, yo te envío a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel." Ex 3: 7-10

En términos espirituales, Egipto significa estar amarrado a la esclavitud del pecado. Nuestras vidas han estado atadas a todo aquello que nos ha apartado de Dios y en nuestro interior clamamos constantemente por la liberación de las cadenas y gemimos, pues el pecado, nos lleva directo a la muerte.

¿Cuántas veces no hemos pedido a Dios que nos aparte de todo aquello que no nos permite vivir a plenitud su amor? Pensamos que Dios no escucha y que nos tiene abandonados a una oscuridad profunda. Lo que pasa es que nuestras vidas están siendo limitadas por las consecuencias del pecado y eso nos impide creer que Dios tiene el poder para rescatarnos y darnos libertad.

Nuestro Padre, tiene poder para hacerlo. Él lo hace en el tiempo correcto; aun, cuando nosotros pensemos que no escucha, él siempre ha tendido su mano para consolarnos.

Por otro lado debo de decir que ese Egipto no solamente es el opresor y conductor del pecado, pero que también es experimentar el dolor y el sufrimiento por un hogar que se desintegra a cada momento por la vida de opresión que se vive a diario. Golpes de padres a hijos, de esposo a esposa, de hijos a padres, abusos sexuales, físicos, emocionales y espirituales. Todo eso lleva a vivir un verdadero infierno y ello nos lleva a pensar que la vida se ensaña en contra nuestra. ¿Por qué todo se convierte en esta desdicha? si cuando nos unimos para formar un hogar, todo fue maravilloso. Es exactamente lo que sucedió con el pueblo israelita. Después que José hijo de Jacob fue vendido por sus hermanos, esté terminó en tierras egipcias y después de ser esclavo, pasó a ser el gobernador de todo el país. Todo iba bien, incluso el mismo José invitó a toda su familia a que lo acompañara a disfrutar de las maravillas que Dios había proveído para ellos. ¿Qué pasó después? Las cosas se complicaron y luego de ser un pueblo próspero pasó a ser uno que vivió en la miseria.

Tantos años tuvieron que pasar para que Dios los atendiera y aun así nunca quisieron comprender el amor tan grande que él les demostraba en medio de sus dolores y sufrimientos. Es que debemos

comprender que para ser liberados, Dios permite que experimentemos pruebas duras y difíciles y que a travesemos por momentos de desolación en los que pensamos que él no existe. Recordemos que “Dios aprieta pero no ahorca” y aunque pensemos que él nunca nos escucha, debemos de saber que El Padre siempre escucha y siempre está atento para ayudarnos de acuerdo a su plan perfecto de amor.

El pueblo judío se enfrascó a tal grado en su diario vivir, que el tiempo se convirtió en una simple rutina. Cuando nuestras vidas las vivimos solamente por vivirlas, sin un sentido, sin una meta, es entonces que tendemos a separarnos del amor del Padre. Eso mismo sucedió con los judíos. Cuando más seguros se sintieron de lo que tenían y vivían, menos se acordaron de Dios.

Nosotros actuamos de la misma forma: Cuanto más seguros estamos de nuestras propias comodidades, de nuestro trabajo, de nuestros cónyuges, nuestros hijos y de todo aquello sobre lo que tenemos control, menos necesidad tenemos de Dios. ¡Qué tremendo! Es que todo aquello que toma el lugar principal de Dios en nuestras vidas, pasa a ser nuestro dios y al mismo tiempo nuestro Egipto. Debemos de entender que solamente despojándonos de todo eso, es como entonces nuestras voces llegarán al Padre.

Debo de mencionar que no estoy hablando de que las cosas materiales o nuestras familias son nuestra perdición; ¡De ninguna manera! Lo que pasa es que debemos de entender que el poseer todo lo material y no abrirnos al amor hacia los demás, de nada nos sirve. Recordemos nuevamente a José: llegó a ser el segundo del Faraón. ¿De dónde venía? De ser un despojo comprado y vendido al mejor postor. Cuando todo lo tuvo y mientras estuvo agradecido con Dios, todo le fue bien. En el momento en el que su descendencia fue acostumbrándose a todo lo seguro, empezó a olvidarse de dar gracias al Creador. ¿Cómo terminaron? Siendo esclavos. ¡Ah!, pero en el momento en que empezó su sufrimiento y dolor, entonces empezaron a acordarse de que existía un Dios de poder. Solamente mientras estuvieron esclavos; solamente en los tiempos duros, algo así como

nosotros en la actualidad cuando todo nos va mal entonces decimos: "Si en verdad existes..."

¿Por qué nosotros los humanos actuamos y reaccionamos de esa manera? Somos seres que aun que seamos "racionales", nos cuesta admitir que con nuestras actitudes hacia los demás, nos adentramos más y más a las garras del pecado. Bien lo dice la escritura: "En efecto, en el alma perversa no entra la sabiduría, no habita en cuerpo de pecado". Sab 1: 4

Nos cuesta comprender que mientras vivamos enfrascados en el Egipto de nuestro pecado, nunca lograremos experimentar el amor tan grande del Padre para nuestras vidas. Lo peor de todo es que buscamos un escape a nuestro vivir por rumbos equivocados, en la lectura del tarot, del café, del maíz, lectura de la mano: que porque está línea es de la vida y esta otra del corazón. Nos envolvemos en puros engaños y cuando todo eso sale mal, el culpable siempre es... Adivinaste, ¡Dios!

El pueblo de Israel sufría su esclavitud (Ex 2: 23) El pueblo de Dios "gritaba" en los momentos más desesperantes de su vida. Primero creyeron que con la muerte del opresor (Faraón), iba a acabar la maldición que llevaban sobre cuestras. Al contrario, entre más gritaban, más dura era la mano del hijo del abusador. ¿Por qué esperaron tanto para clamar a Dios? ¿Por qué no lo hicieron desde el principio? Sencillamente porque pensaron que todo lo podían con sus propias fuerzas y que las cadenas que llevaban serían temporales. Exactamente lo mismo piensa el hombre moderno. "Ya no voy a chupar"; "Te prometo que ya no lo vuelvo a hacer"; "Pero compadre, si yo deje de fumar de romplón" "Y si lo dejó de romplón, ¿por qué lo veo fumando nuevamente?" Es que tuve un problema en mi casa y no pude contenerme"

Claro, si todo eso lo dejamos por nuestras propias fuerzas, ¿cómo pretendemos ser libres totalmente? Las cadenas son siempre fuertes y difíciles de romper, pero cuando ponemos nuestra confianza en Dios entonces alcanzaremos la libertad deseada. Por otro lado, hay quienes

qué pretenden dejar su pecado con una manda o promesa, pero al cumplirse el tiempo prometido, regresan aun con mayor fuerza pues la confianza, la ponen sobre ello y no realmente en Dios, algo así como el perro que retorna a su propio vómito.

Solamente cuando reconocemos que hemos pecado y que nos hemos separado del Árbol de la vida, es cuando realmente seremos libres. "Pues mi delito yo reconozco, mi pecado sin cesar está ante ti, contra ti solo he pecado, lo malo ante tus ojos yo cometí". Salmo 51 (50) verso 5

La pregunta viene a ser: ¿Estoy dispuesto a reconocer mi pecado? Y esto no solamente se hace como algo ficticio o sin causa; esto se hace con la plena seguridad en que Dios estará allí para ayudarnos en el proceso con el que empieza una vida nueva y distinta a la que estábamos acostumbrados.

Al reconocer que fallamos, nos abrimos a la inagotable fuente de vida que nos lleva como barco, al soplo de su Espíritu sobre el inmenso mar. No importa cuán pequeño sea nuestro bote, dejémonos conducir por el viento de Dios.

Seamos transparentes y clamemos a Dios por nuestra libertad. Dios sí escucha, y si confiamos plenamente en su poder, veremos que él está siempre dispuesto a tender su mano en el momento menos esperado. Cuando todo nos ha fallado, cuando nuestras fuerzas se acaban y sintamos que no hay más que hacer que esperar la muerte, es entonces que debemos de lanzar nuestras voces hacia él, clamando su misericordia, dejando que nuestro corazón endurecido por el pecado, sea removido por las manos del Padre y en su lugar nos coloque uno nuevo de esponja que sepa absorber la grandeza de su amor libertador.

¿Por qué dejar que el Cochino siga controlando nuestro corazón? ¿Por qué dejamos que nuestras vidas vivan un Egipto eterno cuando la libertad está a un lado nuestro? ¿Por qué dejamos que esas cadenas

nos mantengan aprisionado y no solamente a nosotros individualmente, sino que también a nuestra familia entera?

No es posible que podamos vivir en un mundo en el que solamente existen lamentos y lloriqueos. No podemos dejarnos engatusar por los deseos del enemigo que trata de controlar nuestra vida diciéndonos que nunca podremos ser libres. ¿Por qué? ¿Por qué no tenemos el valor suficiente para afrontar nuestra realidad y declarar a viva voz que hemos pecado y que necesitamos de Dios en nuestras vidas?

Es que el dolor, el sufrimiento y las oscuridades que vivimos a diario no nos permiten ver con claridad la grandeza del Padre que siempre está dispuesto a tendernos la mano. Estamos completamente cegados y las escamas del pecado no permiten ver la claridad del amor de Dios en nuestro corazón.

Es cierto que nuestro pecado es "grande" y que debemos de vivir una consecuencia por nuestras acciones; pero la realidad es que si el pecado en nuestras vidas es grande, mucho más grande es el amor de Dios para nosotros y que si la consecuencia del pecado es la muerte, entonces la consecuencia del amor de Dios es la alegría de una vida eterna.

No permitamos que esa realidad sea aniquilada por las fuerzas del Faraón en nuestras vidas. Dejémonos conducir por la vida del Padre hacia nuestra libertad. Hoy salgamos de las tinieblas de ese Egipto y tomados de la mano de nuestro libertador, vayamos hacia la luz de la Verdad.

Solamente confiando plenamente en él, es como viviremos la verdadera vida. Sí, una vida plena que nos conducirá hacia la tierra prometida en donde mana la miel y la leche sin adulterar, en donde hay verdes campos para pastar y ríos cristalinos para beber. "Confía en el Señor, con todo el corazón, y no te fíes de tu propia sabiduría. En cualquier cosa que hagas, tenlo presente: él aplanará tus caminos... ten el temor de Yahvé y mantente alejado del mal. Eso será un remedio para tu cuerpo, y allí encontrarás el vigor." Prov 3: 5-8

El Desierto:

Cuándo el pueblo de Israel clamó a Yahvé, él escuchó y atendió a esos clamores que salían de lo más profundo de sus corazones; Lo sacó de ese Egipto que los tenía encadenados, sirviendo al amo del pecado quien iba haciendo mucho más fuerte el yugo sobre sus vidas.

Pero Dios que es tan grande y maravilloso, tan profundo en su amor, se compadeció de ellos y los sacó de ese infierno y los condujo a esa tierra de leche y miel. "Yahvé dijo: **He visto** la humillación de mi pueblo en Egipto, y he escuchado sus gritos cuando lo maltrataban sus mayordomos. Yo conozco sus sufrimientos, y por esta razón estoy bajando, para librarlo del poder de los egipcios y para hacerlo subir de aquí a un país grande y fértil, a una tierra que mana leche y miel...**El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto cómo los egipcios los oprimen.**" Ex 3.7-9

Reflexionemos sobre eso, aunque el pueblo fue liberado, "sufrió" su liberación. En el camino se dieron cuenta que no todo es fácil y que la verdadera libertad viene cuando la confianza es plena en el Señor Yahvé. Ellos creyeron que su libertad era para que pudieran hacer de sus vidas lo que ellos más quisieran, y sin darse cuenta, la salida de Egipto se convirtió en un dolor de cabeza, pues no lograban entender la clase de liberación a la que fueron llamados.

Lo mismo sucede en nuestras vidas, después de vivir un encuentro personal con el Señor, creemos que todo en la vida será color de rosa. Creemos que las tribulaciones y las necesidades que vivimos durante el tiempo que estuvimos encadenados a ese pecado, dejarán de existir con el solo hecho de haber aceptado el amor conciliador de Dios en nuestras vidas; y aunque es muy cierto que las cadenas que vivimos en medio de nuestro propio Egipto fueron rotas, también es cierto que debemos de vivir las consecuencias de todo aquello que nos tenía encadenados, confiando plenamente que Dios está siempre a nuestro lado. Es que tenemos que visualizar todo aquello que nos amarraba, lo que por tantos años nos mantenía sujetos al mismo pecado, y

cuando nos demos cuenta de ello, es como el proceso de una verdadera liberación, empezará para nuestras vidas.

Recordemos que después la de gran liberación, viene lo que conocemos como el desierto espiritual. Es ese momento en el que nos sentimos abatidos y desolados, en los que pensamos que no hay nadie que nos comprenda y aunque tratamos de vivir una nueva vida en Dios. Las preocupaciones y los estados de ánimo que nos conducen a la depresión, son siempre nuestros acompañantes.

Es curioso ver como ese pueblo elegido por Dios, bien pudo llegar a ese lugar prometido en unos cuantos días, pero su arrogancia, no les permitía ver las maravillas de su amor y sintiéndose invencibles, creyeron por un momento que la libertad obtenida fue porque ellos lo lograron con su esfuerzo.

Cuando las cosas no las veían de acuerdo a su plan, entonces empezaron a reclamarle a Dios por haberlos liberado. Primero se quejaban por su esclavitud y luego se quejaban del por qué los había liberado (quién los entiende). Todo el tiempo como pueblo mal agradecido vivieron en las quejanzas; es por ello que Dios fue purificando a ese pueblo, hasta una nueva generación. Era necesario que ellos comprendieran que con el paso del tiempo debían de aceptar que solamente por medio del amor inmaculado de Yahvé, era como ellos podrían alcanzar la tierra prometida.

Era necesario pues, que en la experiencia del desierto, ellos pudieran visualizar a Dios a su lado y que en medio de todo su "sufrimiento", la confianza debía de estar puesta en él. Pero el pueblo de Israel, al no confiar a plenitud en Yahvé, buscó por su propia cuenta vivir una nueva vida: "libre", y al sentirse así, apartándose de Dios, se edificaron un dios al que adornaron con los objetos que para ellos eran de mucho valor pues creían que con adornarlo de esa manera fundirían en ese ídolo una fuerza que los conduciría a la tierra prometida.

De la misma manera, en nuestra vida vamos edificando ídolos, objetos a los que damos valor sobre natural, dándoles culto como tratando de reemplazar a Dios a quien no podemos manipular a nuestro antojo como lo podemos hacer con el que nos hemos fabricado. No logramos comprender que su mano tiene poder y que su gracia siempre se ha querido derramar en medio de nuestros propios desiertos. Por nuestras quejas absurdas, corazones cerrados y cegueras espirituales, buscamos siempre en un personaje (brujos, curanderos y santeros), buscamos en un ídolo o en un amuleto como el famoso balance con sus piedras preciosas para quitarnos las malas energías, fundir todas nuestras riquezas espirituales, creando con ello toda aquella pantalla que al final de cuentas da como resultado la misma muerte, una muerte que experimentó el mismo pueblo que Dios había elegido para ser suyo.

Esta muerte, se compone de dos partes: 1- muerte interior y 2- muerte exterior.

La primera que es la muerte espiritual: Ella es producida por enfermedades causadas por el odio y el rencor, por los celos y las ansias de venganza. Se adquiere cuando aun teniendo conocimiento del amor del Padre, no nos permite el poder perdonar a todos aquellos que nos han hecho daño. Ella nos conduce por el camino de la desolación y la amargura y aunque en apariencia como el payaso nos vemos bien, sabemos que por dentro sufrimos. Claro, sabemos que el sufrimiento consta también de dos partes: una el sufrimiento por lo que nos hicieron y dos: el sufrimiento por no querer perdonar. Esto origina en nuestro corazón el deseo de edificar ídolos que nos ayuden a sobre llevar toda esa amargura que cargamos con nosotros. Hay gente que se aferra a una vida rutinaria de trabajo porque piensan que entre más se trabaje menos tiempo hay para recordar el pasado y sobre todo para no acordarse de aquella persona que los dañó: otras creen que con vivir una vida de sexo desordenado, van a vengarse ya sea de los "hombres" ya sea de las "mujeres" que un día los violaron y los enfermaron del espíritu infundiendo en sus corazones el odio, el rencor o la ira y físicamente del sida o de cualquier otra enfermedad

venérea; otros se dedican a beber alcohol y a drogarse pues piensan que de esa manera van a "olvidar" su pasado, sin darse cuenta que entre más beben, más recuerdan y aun otros suelen consultar con los brujos, los hechiceros, tratan con el espiritismo, el ocultismo, la ciencia ficción, la dianética (gr. *día*, a través; *nous*, razón, inteligencia), el satanismo y la santería. Todo eso se va convirtiendo en ese "dios" que reemplaza al Dios verdadero y como consecuencia de esa separación, viene sobre nosotros la misma muerte espiritual, dándole cabida a la segunda muerte, que es la muerte física.

Veamos como las enfermedades van desgastando nuestro cuerpo, tanto interno como externo; y al final de cuentas, pasamos de una vida llena, plena y robusta, a una dentro de una caja la cual llevará por la eternidad lo que un día no le quisimos dar a Dios por buscar en otros lo que él bien nos da a cada momento de nuestras vidas.

Es que es fácil sobre llevar lo que atravesamos en nuestras vidas si tan solo somos obedientes a lo que Dios nos pide: "Y dijo: «**Si escuchas atentamente la voz de Yahvé**, tu Dios, y haces lo recto a sus ojos, y obedeces sus mandatos y guardas todos sus preceptos, no lo afligiré con ninguna de las plagas con que afligí a los egipcios; **porque yo soy Yahvé**, el que te sana" Ex 15: 26

Recordemos que Dios nunca nos abandona a nuestra suerte porque él no es un Dios de suerte, al contrario él es el Dios de poder y por lo tanto cuando nosotros confiamos plenamente en su voluntad, él siempre nos sostendrá, dándonos de beber cuando estemos sedientos o de comer cuando estemos hambrientos, porque para él no hay nada imposible.

Dice su Palabra: "Moisés dijo a Aarón: «Di a toda la comunidad de los israelitas: Acercaos a Yahvé, pues ha oído vuestras murmuraciones.» Mientras hablaba Aarón a toda la comunidad de los israelitas, ellos se volvieron hacia el desierto, y de pronto la gloria de Yahvé se apareció en la nube. Yahvé dijo a Moisés: «He oído las murmuraciones de los israelitas. Diles: Al atardecer comeréis carne y

por la mañana os saciaréis de pan; y así sabréis que yo soy Yahvé, vuestro Dios.» Ex 16: 9-12

¡Dios mío! No me explico cómo es que ese pueblo no lograba comprender lo que Dios les mostraba a cada momento en sus vidas. De la misma forma no logro comprender cómo nosotros los que nos decimos llamar creyentes, no conseguimos abrirnos a todo lo que Dios significa para nuestros corazones. Siempre estamos con el moco caído y en total desolación por las pruebas a las cuales somos sometidos. Deseamos siempre la alegría falsa que nos dan los estímulos mundanos, cuando debemos de comprender que en medio de nuestro propio desierto es como verdaderamente vamos a experimentar el amor eterno con el que Dios nos ama.

Dios siempre se ha dado a nuestras vidas de muchas formas y en distintos tiempos y momentos, pero como siempre estamos enfocados en el desierto de la vida, no podemos ver que él siempre ha estado a nuestro lado. El enfoque tiene que ser no con los ojos físicos que un día serán devorados por los gusanos, más bien, por los internos, pues si logramos comprender que en nuestro interior está la semejanza con Dios, no en la carne, más bien, en lo espiritual, pues él, es Espíritu nos dice Juan 4: 24 y ese mismo Espíritu es el que llevamos por dentro y con ese mismo, es como veremos la gloria de Dios manifestada en nuestro interior, sin importar el desierto que vivimos en nuestras vidas.

No busquemos como satisfacer nuestro propio ego, más bien, demos a Dios lo que somos en sus manos; no tratemos de huir de ese lugar en el que caminamos, por el contrario, hay que aferrarse a él, tomándole de su mano y dejando que sea Dios quien nos guíe a la tierra prometida, no la tierra de Jericó, sino la nueva Jerusalén que mana leche y miel por la eternidad.

La realidad es que, nunca podremos disfrutar de nuestro paso a esa tierra cuando no aprendamos a vivir a plenitud la experiencia del desierto, sin quejabanzas, sin edificarnos otros dioses, sino más bien, glorificando su nombre y sobre todo dejando que su amor se manifieste en medio de todos aquellos dolores y sufrimientos. Al final

de cuentas si reflexionamos correctamente: no existe desierto sin angustia y si vemos con los lentes del Espíritu, podremos darnos cuenta que la misma, se hace fortaleza cuando la confianza es plena en el Dios que todo lo puede. Por ende, debemos de concluir que si Dios nos guía al desierto, es porque él tiene un plan perfecto para nuestras vidas, de lo contrario no tendría sentido. El problema es que nosotros nos enfocamos siempre en el desierto y no verdaderamente en el porqué del mismo. Por otro lado debemos de reconocer que en el proceso, Dios en su infinito amor nos va purificando para un día entrar en el descanso, para disfrutar de todas aquellas delicias que encontraremos al final del camino.

Eso mismo le tocó vivir al pueblo elegido: después de cuarenta años, logró finalmente llegar a ese lugar prometido. Cuarenta años de ser purificados y al llegar, todavía tuvieron que hacer un último esfuerzo para derrumbar esos muros que les daría la verdadera libertad y al toque de trompeta todos al unísono glorificaron a Dios y ese último obstáculo fue derribado y juntos entraron con alegría a tomar posesión de lo prometido. (Js 6: 1-21)

La pregunta que nos viene a la mente: "¿Seremos nosotros los que glorificando a Dios a una sola voz destruyamos los muros de todo aquello que no nos permite cruzar a una nueva vida o seremos de los que se quedaron muertos en el desierto de sus pecados? En otras palabras: "¿Seremos Josué o seremos Moisés?"

Cada quien que responda de acuerdo a lo que le dicte su corazón.

La promesa:

Lo bueno de todo esto es que Dios nunca se queda con nada y todo nos lo da. Desde que el hombre se separó de su amor, el Padre, siempre estuvo al pendiente del hombre (y de la mujer también) Buscó siempre su salvación de la muerte que acarrea el pecado y a través del tiempo nos ha dado pautas para vivir nuestra humanidad a plenitud.

Una manera de vivir esa tipo de vida, es por medio de la promesa de permanecer siempre a nuestro lado. No solamente el de decirnos que somos su pueblo y que él es nuestro Dios y que permanecerá para siempre grabado en nuestro corazón (Jer 24: 7), pero que sus palabras no se quedarían solamente en eso: palabras que se lleva el viento.

En toda la historia de la humanidad nos hemos dado cuenta de lo tremendo que ha sido su amor y aunque no muchos de nosotros los hombres nos fijamos en ello. Dios siempre ha estado al lado del hombre y siempre ha buscado la salvación de su alma. Hoy día el hombre tiene aún más capacidad para comprender intelectualmente muchas cosas que anteriormente no podía percibir y aunque científicamente estamos mucho más avanzados, no podemos entender aun el poder de su amor en medio de nuestras vidas, pues nos confundimos con el hecho de querer (en lo que expresamos a otra persona: "Te quiero") y no el amar. Como canta José, José: "Todos sabemos querer, pero pocos sabemos amar."

Han pasado miles de años en los cuales Dios se manifestó a Adán, dándole vida por medio de un soplo divino, como un anticipo del mismo soplo que recibirían todos aquellos que creyeran en él; también los mismos años han pasado desde el instante en el que con el dolor de su corazón Abbá papito tuvo que literalmente sacarlo del Paraíso y, a pesar de que Dios si lo hubiese querido, hubiere eliminado al hombre con el mismo soplo, él nos dio una nueva oportunidad de redención y por siglos, Dios buscó que el mismo hombre se arrepintiera de su error y más sin embargo, entre más pasaba el tiempo, más se seguía hundiendo en el foso del pecado y a pesar de todo como lo describimos anteriormente, nuestro buen Dios estuvo siempre a nuestro lado, como una sombra que nos acompaña a plena luz de día y como la verdadera luz en medio de la oscuridad de la noche. (Sal 91)

Después que sacó de Egipto a su pueblo (recordemos que Egipto significa esclavitud), él se dio a la tarea de ir purificándolo aun así con las constantes quejabanzas del pueblo y, después de un tiempo, el pueblo logró entrar a esa tierra prometida.

Uno podría pensar que después de tan maravillosas demostraciones de amor y paciencia, el pueblo agradecería de por vida; ¡Qué va! Con el paso del tiempo olvidaron y empezaron a vivir de una manera en la que reflejaba el tiempo de su esclavitud en Egipto. La diferencia ahora era que no había nadie que le latigueara por no hacer bien la mezcla de ladrillos, al contrario al nadie golpearlos físicamente, ellos mismos empezaron a latigear a sus vecinos, de la misma manera lastimando a los miembros de su casa, siendo usureros, robando en la plenitud del día y aunque sus leyes les indicaban lo contrario, ellos empezaron a acomodar esas leyes divinas en un montón de reglamentos que ni siquiera los mismos que supuestamente tenían que dar el ejemplo de vida los llevaban a cabo, más bien, los imponían a los demás con tanta severidad que se olvidaban que el amor de Dios era mucho más importante que los tantos reglamentos en la ley de Moisés.

Los mismos líderes mataban a aquellos hombres que por llamado de Dios hablaban al pueblo para que buscaran a Dios con el arrepentimiento, con un corazón puro y contrito, que demostraran que realmente ellos eran el pueblo de aquel que los rescató de las cadenas con las que estaban atados. Los profetas pedían que el pueblo se humillara y se vistiera de ceniza y que vinieran a los pies del Señor. Pero el pueblo en sus ayunos maltrataba a su prójimo, vendía la harina y el aceite a precios que los pobres no podían comprar, golpeaban a los desamparados, ahuyentaban a los forasteros, en fin se vestían de saco (chaleco de cuero con punta de acero que incrustaba en el cuerpo para penitencia), revolcándose en medio de la ceniza y en los días de ayuno ponían cara larga para que el mundo entero se diera cuenta de su "gran sacrificio". Ya Dios mismo les hablaba por medio del Profeta Isaías: "A mí me buscan día a día y les agrada conocer mis caminos, como si fueran gente que la virtud practica y el rito de su Dios no hubiesen abandonado. Me preguntan por las leyes justas, la vecindad de su Dios les agrada. ¿Para qué ayunamos, si no lo ves? ¿Para qué nos afligimos, si no te enteras? -Mirad, cuando ayunabais lo hacíais por interés, **y a todos vuestros obreros explotabais**. Es que ayunáis para litigio y pleito y para dar de puñetazos a malvados. No ayunéis como hoy, para hacer oír en las alturas vuestra voz. ¿Así ha de ser el

ayuno que yo elija? Día de humillarse el hombre, sí, ¿pero agachando como un junco la cabeza? Y el saco; y esparcir la ceniza. ¿A eso llamáis ayuno y día grato a Yahvé? ¿No será éste el ayuno que yo elija?: **deshacer los nudos de la maldad**, soltar las coyundas del yugo, **dejar libres a los maltratados**, y arrancar todo yugo. ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes? Entonces brotará tu luz como la aurora, **y tu herida se curará rápidamente**. Te precederá tu justicia, la gloria de Yahvé te seguirá. Entonces clamarás, y Yahvé te responderá, pedirás socorro, y dirá: «Aquí estoy.» Si apartas de ti todo yugo, no apuntas con el dedo y no hablas maldad, repartes al hambriento tu pan, y al alma afligida dejas saciada, resplandecerá en las tinieblas tu luz, y lo oscuro de ti será como mediodía” Is 58: 2-10

¡Qué tremendo! Y aun así ese pueblo que es el reflejo de la misma humanidad, creación de Dios, continúa haciendo lo mismo. De verás que en nuestra humanidad hemos sido tan tercos, no queremos ver lo grande que ha sido Dios con nosotros y menos queremos darnos cuenta de la gran paciencia que él nos tiene que aun en nuestra irresponsabilidad, en la destrucción de lo sagrado que él nos ha dado, todo lo corrompimos y pensamos que a él no lo necesitamos y nos dejamos conducir por nuestros egoísmos, nuestros deseos de grandeza, separándonos día con día de lo que él significa para nosotros. Qué a cerca de la manera en la que tratamos a nuestra familia; Gritos, golpes, injurias e insultos, abundan en el hogar y aun así, nos adherimos a los preceptos o leyes de la Iglesia, compartiendo en las asambleas de oración, cantando a viva voz y golpeándonos el pecho proclamamos con nuestras voces que él es grande y al final damos a demostrar todo tipo de expresión externa para que el mundo nos mire y diga: “Miren a ese, como alaba a Dios”; cuando por dentro somos lodo e inmundicia.

Pensemos por un instante lo que sería de nuestras vidas sin Dios a nuestro lado. El panorama no es nada agradable. Si con él velando por nosotros, hacemos destrozos de lo que él nos ha dado para su cuidado, que sería del hombre sin su amor. Él nos tiene tanto cariño

que a pesar de todo, un día decidió que todo terminaría y que después de darnos oportunidad tras oportunidad, todo vendría a su fin. Supo desde el principio que ese día estaría en medio de nosotros e hizo una maravillosa promesa: "La Virgen está embarazada y dará a luz a un varón, al cual nombrará Emmanuel" Is 7: 14 Esa maravillosa promesa Dios la cumple en su Hijo Jesucristo.

Ese Dios en medio de su pueblo (Emmanuel) se hace realidad. Por fin Dios da paso a lo que sería la última oportunidad del hombre para la redención de sus pecados. Pero... ¿estará el hombre verdaderamente listo para recibir el perdón de sus pecados? Aunque la pregunta que mejor se acomoda a nuestras vidas es la siguiente: ¿Estaré yo listo para ir al Cielo? Eso solamente lo lograremos mediante una auténtica apertura a lo que verdaderamente tiene valor: "El amor de Dios mostrado en su Hijo Jesús." (Jn 3: 16)

Es qué el abrir nuestro corazón se hace tan difícil por el sencillo hecho de que no logramos comprender el significado de ello. Un día alguien me preguntaba sobre eso: Hermano René ¿Cómo le hago para abrir el corazón? La respuesta que le di fue directa y simple: "Es sencillamente, creer que Dios está a tu lado y que te ama con amor eterno". Eso es lo que no le permite a mucha gente, poder abrir su corazón: no quieren creer que él está siempre a nuestro lado y menos creen en su infinito amor.

Cuando Dios promete a Abran que sería el padre de todas las naciones, lo cumple aun en medio de todas las inconveniencias de la vida, en medio de las oscuridades más grandes o en los momentos más duros y cuando menos lo pensaba Sara su esposa quedo en cinta y a una edad bien re que te avanzada, dio a luz a una criatura que los hizo reír pues se dieron cuenta "que cuando Dios promete algo, él tiene el **poder para cumplir**" Rom 4: 21

Los que hemos leído esa historia podríamos decir que Sara (Saray en ese tiempo antes de dar a luz), dudó de lo que Dios les prometió. Ella quiso "ayudar" a Dios dándole la criada a su esposo para que la promesa se hiciera realidad, pero Dios no quiere nuestra ayuda, lo que

él quiere es que simplemente le creamos cuando nos promete algo. Lo que pasa es que Sara no lograba comprender que todas las promesas se realizan de acuerdo al tiempo y al plan perfecto de Dios en nuestras vidas y por lo tanto nuestro Padre no quiere que por "tanto esperar", nos desesperemos y que en medio de esa espera cometamos errores que en vez de acercarnos a Dios, nos alejamos de él. (Gen 16: 1-16)

Lo increíble de toda esta historia es que Dios al cumplir su promesa, lo hace en contra de toda lógica humana. Sara era una mujer estéril y de una edad tan avanzada que la medicina moderna no daría ningún tipo de esperanza de un nacimiento feliz, al contrario diría que tanto la mujer como la criatura están en peligro de muerte, no con el nacimiento, sino más bien, con el mismo embarazo. Nuestro cerebro (que es creación misma de Dios), no logra asimilar el misterio que es la grandeza de Dios que se sale de toda ciencia e ideología humana y aunque todo parezca fortuito, él siempre realiza lo que él quiere en nuestras vidas. Como nos dice el libro de Isaías: "Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, **así será mi palabra**, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo (pareció) **y haya cumplido aquello a que la envié**" Is 55: 10-11

Eso es lo que hace Dios en medio de nuestras vidas; obrando en cada uno de nosotros, enderezando las ramas del árbol torcido, y aun así los expertos en la materia nos dicen que nunca se logrará y que es más fácil que el mismo árbol sea cortado de raíz a que se pueda enderezar. En donde el hombre y la ciencia dice no se puede, Dios nos dice si lo puedo y cuando promete enderezarnos, él lo puede hacer.

Crear que Dios está verdaderamente a nuestro lado es hacer nuestras todas aquellas promesas que él hizo a través del tiempo y no solamente en el acto más sobresaliente de toda la historia de la humanidad, el de hacerse hombre hasta la misma muerte en la Cruz (Fil 2: 6-8), sino que en el mismo hecho de darnos vida por medio de su Espíritu de amor. La misma Palabra nos dice sobre esa maravillosa

promesa: “Llegará el día en el que derramaré mi Espíritu **sobre cualquier mortal**” Joel 3: 1 Y aunque será sobre cualquier mortal, será más bien solamente para los que creyendo, invoquen su nombre, proclamando con todo su corazón que él es el verdadero Señor de nuestras vidas (Rom 10: 10)

Que maravilloso es poder estar atentos a todas sus promesas y no solamente atentos, sino que estar dispuestos a que esas promesas se realicen en nuestras vidas y en las de todos aquellos que nos rodean. La verdad es que de eso vivimos, de sus promesas que se multiplican no solamente cuando las leemos en las Escrituras o las escuchamos en los sermones dominicales, pero cuando sabemos que esas mismas son nuestras, de nadie más y que creyendo sabremos que llegará el día en el que Dios en su inmenso amor se derramará en nuestras vidas en medio de nuestros más grandes aflicciones pues como nos dice el Salmo 1: 3 “Será como árbol plantado entre cauces, da su fruto en sazón, **su fronda no se marchita**. Todo cuanto emprende prospera”

Pienso que nuestro problema ha sido siempre la fe; no que ella sea pequeña, pues, a cada uno se nos dio en las mismas proporciones; la cuestión es que a esa fe la hemos enterrado y por lo mismo nos cuesta creer su promesa de salvación. Pensamos que el dolor es más fuerte que lo que Dios pueda prometer a nuestras vidas. Nos dejamos envolver por la lamentación, en vez de confiar en su promesa de vida eterna. Vamos caminando desviados por el camino de la perdición en la que solamente vemos dolor y oscuridad, como robots que están programados para sufrir y en ese sufrimiento cerramos nuestros oídos a la voz del Padre que nos dice que si estamos sedientos que vengamos a él, pues él tiene agua para vida eterna (Is 55) Él nos promete de su agua y nos invita a venir en búsqueda de esas promesas, a beber de lo que él tiene para nosotros y aun así nuestros corazones se cierran y solamente se abren para las cosas del mundo, con sus penas, con sus vicios y con todo aquello que poco a poco van matando nuestro deseo de vivir para la eternidad.

Ya ha llegado el momento en el que debemos de detenernos en ese caminar de oscuridad y darle una oportunidad al Dios del amor para que cumpla sus promesas en nuestro interior.

Preguntémonos a lo más íntimo de nuestro ser: ¿Soy feliz con la vida que llevo? ¿Está lleno mi corazón de la plenitud de la vida? Solamente en el corazón sabremos dar respuesta a esas preguntas tan profundas que nadie más puede contestar que nosotros mismos. Dios ya conoce lo que vivimos y lo que somos desde antes que le pidamos (Mt 6: 5) Entonces a quién queremos engañar sino a nosotros mismos. A veces pienso que muestro una cara de alegría ante la gente sabiendo que mi interior está con dolor y angustia. Dios lo conoce perfectamente y, lo que él quiere es que simplemente le abramos el corazón y le dejemos cumplir en nosotros sus promesas de amor y de vida eterna.

La cosa ha sido que siempre queremos que Dios lo haga ya, ahora, en este mismo momento, pero la realidad es que él no obra así. Recuerdas el ejemplo de Saray, ella quiso ayudar a Dios, pero Dios no necesita de ayudantes, solamente de hombres y mujeres que estén dispuestos a dejar que él tome control de nuestro existir.

Digamos en este momento: "Dios mío haz que tus promesas se realicen en mi vida, de acuerdo a tu plan perfecto de amor." No importa cuánto tiempo tenga que pasar, Dios lo hará pues él no puede desmentirse a sí mismo. (Núm 23: 13; 2 Tim 2: 13). Por lo tanto de vemos de comprender que en el tiempo de Dios un día es como mil y mil como uno y por esa razón debemos de saber esperar el momento preciso en el que nuestro buen Padre, obrará, en cada una de nuestras necesidades.

Por supuesto que si somos de esas personas que dicen: "El que espera desespera", entonces ¿para qué esperar? No tiene sentido. Tampoco podemos decir: "Al mal tiempo darle prisa": Pensemos que Dios es el que tiene control del tiempo y si él nos ha prometido rescatarnos de todo aquello que vivimos, entonces dejemos que sea en su tiempo, a la hora exacta en la que él tome la decisión de hacerlo. No podemos controlar su promesa como aquel reloj mecánico al que le

damos "cuerda" para que camine. No se puede de esa manera; y hasta que nos apaciguemos, entonces Dios cumplirá su promesa de amor.

Cuánta gente no se ha quitado la vida al no saber esperar en medio de su dolor o angustia. Cuántas mujeres no han ido a clínicas de abortos por no saber esperar lo que Dios tiene preparado para su bebé. Unos más caen con depresiones y terminan con la cara torcida por no darle tiempo a Dios para obrar en sus necesidades. Así podemos mencionar tantas otras cosas que día con día nos van apartando de sus promesas.

Sepamos esperar y sobre todo sepamos aceptar los designios de Dios. Miremos como ejemplo a Santa Rosa de Lima: "Señor aumenta mis dolores, pero con la misma medida, auméntame tu amor". Que maravillosa oración de una mujer que en su lecho de enferma tuvo la suficiente confianza en que el Padre obraría en su enfermedad.

Eso mismo es lo que debemos de hacer nosotros y en la medida que lo hagamos, Dios se derramara con poder.

JESÚS HIJO DE DIOS, HIJO DEL AMOR

En el Tabernáculo se encuentra el amor

Si Dios nos promete vida eterna por el mismo amor que nos da, entonces entendemos que esa promesa se hace realidad en Cristo Jesús su Hijo amado. Pero para que se cumpliera esa promesa, tuvo Dios que elegir a un ser puro, que viviera a plenitud el significado del amor y sabiendo Dios desde el principio que la elegida sería María, dejó que el mismo Espíritu de amor la cubriera con su sombra, por lo tanto el Hijo que le nacería sería el verdadero Dios en medio de su pueblo.

La Biblia nos habla sobre esa mujer que desobedeciendo el mandato de Dios de no comer de aquel fruto prohibido, se dejó engañar por la serpiente (Gen 3: 1-13). De la misma forma la Escritura nos habla sobre la otra mujer que le daría la vida al Salvador del mundo y de cómo Dios en su gran sabiduría se usó de ella, para ser la portadora del amor que derramaría en nuestra vida (Lc 1: 26-38)

Ya en el tema anterior hablamos como introducción, sobre la promesa de enviar a su Hijo por medio de una Virgen sobre quien el poder del Espíritu de amor del Padre se derramaría. Eso no solo lo podemos enfocar como un verdadero dogma de fe, sino que esto lo enfocamos en un sentido más allegado a nuestras propias vidas.

Dios no eligió a María por su belleza, su porte o porque fuera "buena". ¡No! Él la escogió porque vio en ella la profundidad del mismo amor que brotaba como esa cascada que se desprende del manantial nacido en lo íntimo de su corazón.

Hoy de la misma forma nos ve Dios, y a cada uno de nosotros nos hace el mismo llamado de acuerdo a lo que dejamos brotar en nuestros corazones. No podemos atender el llamado del Señor a nuestras vidas, si verdaderamente no vivimos de acuerdo a ese amor

que purifica los corazones y en ello vivimos a plenitud la belleza de la humildad.

Nuestro interior es ese mismo Templo de Dios en donde habita la presencia del Espíritu de Dios (1 Cor 3: 16) Pero cómo estará nuestro templo. Será que el interior del mismo se asemeja en mucho al interior de María Inmaculada y que verdaderamente nos dejamos conducir por la humildad y la entrega consagrada que no solamente ama a Dios, sino que también ama a todos aquellos que le han ofendido o maltratado; que los han humillado y denigrado; que los han hecho sentir basura. Es acaso que lo que siempre buscamos es hacer de Dios nuestro servidor, a quien castigamos con no seguirle si él no cumple lo que le pedimos.

María ha sido siempre un claro ejemplo del bello amor del Padre en nuestras vidas. Su verdadera humildad no le permitía consentir en el principio el hecho de que Dios viniera a ella para ser la portadora del Redentor, de ese Emmanuel, de Dios mismo entre nosotros. Cuántas mujeres de su época deseaban ser las madres del Mesías a quién esperaban con devoción para ser rescatados una vez más de la esclavitud a la que estaban siendo sometidos. Estas mujeres buscaban la vanagloria y que todos las vieran como las consagradas, como las grandes santas y para que por medio de su embarazo, pudieran tener un lugar especial dentro de la sociedad.

María, al escuchar las palabras de anuncio del ángel, se sintió conmovida hasta el corazón y como ella no buscaba más que agradar a Dios en medio de su caridad y atención a los demás, sin preocuparse de lo que a ella le faltara, dando hasta lo que no tenía, a los que eran más pobres que ella. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no trabajaba para aportar a su hogar que era pobre? Simple y sencillamente porque amaba a Dios y creía en él, al ver su rostro en medio de todos aquellos que estaban enfermos y que nadie los atendía, que lo veía en los niños desamparados, en los ancianos que eran botados como basura, en los perseguidos, en los que por no poder pagar el denario al César, eran encarcelados y castigados, en los esclavos que ansiaban su libertad. A ella nunca le importó no comer con tal que otros comieran; ella se

despojaba de su comodidad para que otros tuvieran comodidad, y por ello su recompensa fue el de ser escogida por el Señor para ser la Madre de aquel que vendría a salvar al mundo de la muerte del pecado, no porque ella lo pidiera, más al contrario porque Dios así lo quiso.

La sociedad en la que María se envolvía era una que experimentaba opresión de un sistema de esclavitud, en la que el poder del César era lo absoluto y aunque por el mismo sistema romano, el pueblo judío tenía ciertas libertades como la de poder adorar al Dios verdadero por medio de sus sacerdotes, levitas y maestros de la ley, estos daban la espalda al pueblo con tal de tener un hueso del imperio y con sus acciones se apartaban de todas aquellas enseñanzas del Antiguo Testamento: **"Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo"** Dt 6, 4; Lev 19: 10

Jesús llamaba "hipócritas" a todos ellos pues demostraban que solamente vivían de acuerdo a sus conveniencias y a sus comodidades con el opresor sin interesarles verdaderamente para lo que habían sido consagrados: para dar de comer al hambriento y vestido al desnudo. Ese era el ambiente social y religioso en el que María nació, creció y compartió. Dios vio en ella el verdadero significado de todas aquellas hermosas enseñanzas, no porque las conociera como una ley, más bien, porque ella las ponía en práctica.

Es por ello que María pasaría a ser la mujer consagrada, la llena de gracia, la verdadera Madre del Dios vivo. Por su entrega, por su apertura a las necesidades de los demás y sobre todo por confiar plenamente en el anuncio recibido en su corazón, al no llenarse de vanagloria y salir gritando al mundo entero: "¡Mírenme, Dios me ha elegido para ser su madre! Por el contrario "todo se lo guardaba en su corazón" Lc 2: 19

En el instante en el que creyó en el mensaje, doblando rodilla e inclinándose hasta tocar el suelo dijo aquellas palabras que deberían de resonar en lo más íntimo de nuestro ser: "Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mi tu voluntad" Lc 1: 38

Qué tremenda expresión de entrega total, confiando plenamente en que desde ese mismo instante Dios tomaría su vida y la haría atravesar por valles oscuros, por sendas llenas de serpientes, por desiertos en los que junto a su marido serían llevados, siendo abandonados por la sociedad, esa que ciega, nunca se dio cuenta de que las profecías se hacían realidad en aquellos días en medio de sus ocupaciones y quejabanzas.

Cuánto no habrá experimentado nuestra Madre, al escuchar los mormullos de las otras mujeres, que al verla la criticaban por “haber metido la pata”, por no entender el tiempo en el que les debía de nacer el Salvador.

Lo tremendo de todo es que María en su silencio y conducida por el mismo Espíritu de amor, se encaminó hacia su prima Isabel que siendo de avanzada edad, también quedó en cinta con aquella criatura que sería el que andaría adelante del Señor anunciando el arrepentimiento de los pecados. María caminó por varias millas para llegar hasta su prima. Cansada del largo caminar, quizá sedienta, con hambre y a lo mejor con el único deseo de sentarse o dormir tranquila porque estaba “embarazada”. Pero no. Al mismo instante en el que entró a la casa, su rostro lleno de vida, proyectaba un amor sincero y una ternura hacía aquella viejita que le adelantaba en unos meses en su embarazo. No más entró y el niño de Isabel saltó de alegría y quedó llenó del Espíritu de Dios, ese mismo Espíritu que lo conduciría a vivir en lo silvestre, comiendo solamente langostas y miel, sin más vestido que el vestido del amor de Dios. Ese mismo Espíritu que un día sería regresado a aquel que en ese instante se lo daba con el saludo de su Madre María.

Que inmenso es el poder contemplar ese momento tan hermoso. Como es que Dios en su inmenso amor demuestra una vez más que él quiere salvarnos y se usa de todos los medios necesarios para lograrlo y, aun así nosotros somos tan cabezas duras que no logramos comprenderlo, o quizá no queremos entenderlo así porque ello implica que tenemos que dejarnos transformar de tal manera que nuestro corazón no recibirá ni dará más que amor.

La sencillez de María logró romper con barreras culturales y religiosas. Rompió con el estereotipo de la sociedad en relación a la mujer. La mujer no valía ni cero a la izquierda; era simplemente un objeto que el hombre utilizaba para la procreación y nada más. Ellas no tenían ni voz ni voto y aunque el marido podía engañarla, ella nunca lo haría pues se exponía a la muerte.

Por eso es que María es grande entre las mujeres y el ejemplo por excelencia de cómo se responde al amor de Dios. Ella se arriesgó con su respuesta de humildad, aun sabiendo que sería quizá apedreada por su prometido. Pero ni aun eso la corrompió para no aceptar la voluntad del Padre. Ella se dejó conducir por su promesa de estar con ella y sin inhibiciones confió a plenitud creyendo que verdaderamente el Espíritu de Dios la cubría con su sombra. No se puso a pensar en la muerte horrorosa que sufriría, más bien pensó en la vida eterna que le aguardaba.

Eso es todo. Esa entrega que se hace por la única razón que es el amor. El amor de Dios que le fortaleció en aquellos momentos en los que la espada atravesaba su corazón al ver a su Hijo clavado en esa Cruz. Cuánto no hubiese deseado ella estar en el mismo suplicio de su Hijo, y más sin embargo, lo estuvo pues su amor de Madre no le permitía experimentar menos todos aquellos latigazos, humillaciones, golpes, espinos sobre su cabeza, aquellos clavos que traspasaron sus manos y pies. Aun así con el mismo dolor, con el mismo sufrimiento, estuvo allí, al pie de aquella Cruz que significaba el amor verdadero del Padre para la salvación de la humanidad.

En medio de todo aquel dolor, María siempre estuvo confiada en las promesas de Dios y es por ello que desde la intimidad de su corazón, pudo proclamar aquella santa oración: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se **alegra en Dios** mi Salvador, porque se **fijó en su humilde esclava**, y desde ahora todas las generaciones **me llamarán feliz**. El Poderoso ha hecho grandes cosas para mí: Santo es su nombre" Lc 1: 46-49

Ese es el verdadero Tabernáculo Santo: aquel que en su interior supo guardar el amor verdadero y que se abrió para que todos nosotros pudiésemos ser salvos. Todo por el mismo amor que ella nos tiene.

La pregunta correspondiente para todo esto es: "¿Estamos dispuestos a aceptar la responsabilidad de llevar en nosotros la gran presencia de Dios, con humildad y mansedumbre...?"

Claro que para dar una respuesta honesta, debemos de vivir una vida honesta y sincera como María. No podemos ir por la vida proclamando lo que no vivimos.

Cuando alguien nos hiere, nuestra tendencia es siempre la de defendernos, contra atacando al que nos hace daño. Nos cuesta guardar en nuestro corazón aquellas palabras de Pablo cuando decía que "en nosotros se cumplen todos aquellos dolores y sufrimientos que le hicieron falta al Cuerpo de Cristo" Col 1: 24. ¿Por qué se hace difícil comprender esto? Porque nuestras vidas están mayormente para el placer carnal y cuando la carne duele, entonces buscamos darle un calmante a ese dolor. Es lo mismo que queremos hacer cuando dolemos espiritualmente, solamente queremos darle un calmante al espíritu con nuestros rezos y plegarías, con grandes letanías que no nos conducen más que al desvelo espiritual pues bien sabemos que nuestro interior está manchado con todas aquellas cosas que aunque nos hirieron, no nos permiten entablar una buena relación con Dios.

Debemos de vernos a través del espejo de María; y no lo digo simplemente como cuando miramos su imagen pintada o cuando contemplamos aquella bella estatua representando a una de tantas figuras de nuestra Madre. ¡No! Debemos de reflejarnos en su interior y penetrar en ese lugar en el que ella habita, para poder comprender la magnitud de su humildad y humillación ante todos aquellos que le dañaron el corazón a golpear a su Hijo y matarlo en la Cruz. Es que el ser humildes es demostrar que verdaderamente nos dejamos conducir por ese Espíritu de amor, perdonando al que nos ofende e inclusive a esa persona que nos mató en vida.

Saber guardar en nuestro corazón el perdón, significa que estamos dispuestos a vivir de acuerdo a la voluntad de Dios; siendo sus esclavos no solamente por interés de un hueso espiritual como los maestros de la ley o sacerdotes, más bien, entregándonos por completo a ese mismo amor que nos conlleva a la verdadera reconciliación.

Por supuesto que a María le dolió aquella espada que le atravesó el corazón. En su interior experimentó la angustia de la persecución, la ansiedad de ver a su Hijo ser latigueado y la impotencia al no poder compartir físicamente el sacrificio de su amado Jesús, en la Cruz del Calvario. Imaginémosnos por un momento todo ese proceso por el que ella tuvo que atravesar y más sin embargo, ese mismo, la fortaleció espiritualmente para sobre llevar todo aquello que la oprimía interiormente. Supo en ese momento que en medio de todo aquello a lo que fue sometida en su Hijo amado, encontrar el don del perdón por todos aquellos que en cierta manera la mataron en vida, pero que aun en su mismo dolor, comprendió además, que ese era el proceso para una vida eterna a la cual estaba siendo llamada: **¡A la vida eterna como Madre de Dios!**

En medio de la miseria nace el amor:

En un mundo falto de amor y lleno de miseria humana, vendría a nacer aquel que un día daría la vida por el perdón de los pecados. Recordemos lo que nos dice el Evangelio según San Juan 3: 16 "¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna" Es una clara realidad que Dios no ha querido que ninguno de nosotros nos perdamos en medio de un mundo lleno de dolor, penumbras y desolación. Él ha querido que su ser divino, fuese dado en la misma carne humana, compartiendo la misma experiencia de dolor que el hombre lleva sobre sí desde el instante en el que se separó de su maravilloso amor, con la pequeñísima diferencia que él, nunca pecó.

Miremos a nuestro alrededor y si ponemos atención, nos daremos cuenta que la humanidad se aleja día tras día de esa gracia de la cual un día salimos. El materialismo nos tiene tan cerrados a la verdadera fuente de vida, que sin darnos cuenta estamos marginando su presencia en cada uno de los que nos rodean. No nos fijamos que nos estamos haciendo parte de una gran desorientación moral, la cual cada día se hace tan parte de nuestras vidas que ha llegado el momento en el que no nos damos cuenta de lo mucho que le hemos faltado a ese amor de Dios en nosotros. Hemos dejado que la vida materialista tome control de todo cuanto somos y cuando poseemos y eso nos impide darnos cuenta que en vez de vivir una vida holgada, estamos más bien viviendo una desdicha, una vida de penumbras y oscuridades que nos aleja con el paso del tiempo a darnos cuenta de la verdadera necesidad del hombre.

Hoy día estamos tan interesados de saber del porqué de la vida misma y en esa búsqueda nos perdemos en todo aspecto científico, filosófico y religioso sin tomar en cuenta que una sola cosa es importante... el amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como nosotros mismos. (Mc 12: 29-31).

¿Por qué el hombre se hace insensato ante su amor? Creo que a esa pregunta cada uno de nosotros podremos responder de acuerdo a la misma experiencia de su amor en nuestras vidas; pero es conveniente decir que la gran mayoría se hace insensato(a) a su amor por el medio ambiente en el que nos desenvolvemos, descuidando con nuestros "compromisos" teóricos, todo aquello que Dios nos ha dado para nuestro cuidado.

¿Por qué tratamos una y otra vez de dar una respuesta lógica a todo lo que nos sucede? Es que dependemos de la lógica intelectual de la ciencia humana y no de la fe dada a nosotros en medio de un mundo que se desvanece en lo sub real, por el cual el hombre pierde todo contacto con lo que es real. No hablo de lo que podemos ver con ojos externos, más bien, todo aquello que se hace realidad en lo interno de nuestras almas.

En cierto modo retornamos al tiempo de los mismos Apóstoles días después de que Jesús resucitó: Cuando se les apareció en aquel cuarto cerrado y uno de ellos no se encontraba allí; este no creyó en su aparición y tuvo Jesús que venir por segunda vez a mostrarse y dejar que Tomás metiera sus dedos sobre las heridas de los clavos y tocar su costado para poder proclamarlo como el verdadero Dios y Señor de su vida. A ese punto estamos hoy día. Queremos que las cosas se den en nosotros con lógica y con desprendimiento y conocimiento puramente psicológico y no en una fe verdadera que nos conlleva a creer a ciegas que es solamente por medio del amor verdadero de Dios, quien es el que obra, en todos los momentos de nuestras vidas.

¿Por qué aunque veamos no vemos? Es que Dios nos permite ver todo aquello que el mismo hombre va creando poniendo divisiones entre ellos mismos, cuando el que obtiene los bienes materiales, abusa de aquellos que no los pueden alcanzar. El hombre se hace ciego ante las necesidades de sus propios hermanos, creando un mundo lleno de miseria haciéndose no videntes ante aquellos que sufren persecución, maltrato, abusos y esclavitud; que viven marginados, en la más grande de las pobrezas, sin un pan para comer y un techo sobre sus cabezas. Hoy el hombre creación misma de Dios, vive en medio de un mundo que se pierde por el simple hecho de no querer abrirse por voluntad propia a repartir con igualdad, la misma dignidad de Dios, todas aquellas riquezas que el Señor nos dejó para el disfrute de todos.

Veamos el mundo en la actualidad: el mundo vive mucha desigualdad en todos los aspectos, desde la distribución de riquezas, hasta el mismo sectarismo de religiones con ideologías netamente humanas que se cierran a aceptarnos unos a otros por amor. Ponemos a Dios como escudo para respaldar ideologías predestinadas a la separación de su amor, creando las famosas "guerras santas", cuando lo que el verdadero Dios quiere es que nos amemos los unos a los otros, demostrando que cuando vivimos ese mismo amor a plenitud se da en el momento que nos despojamos de nuestros egoísmos y sectarismos y nos damos por ese mismo amor a nuestros necesitados.

¿Cómo podemos profesar una fe llena de religiosidad y plagada de reglamentos y leyes, cuando no logramos profundizar en lo que verdaderamente nos debería de interesar? El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, fue hecho un ser sociable, para hacer comunidad (común-unidad) y para que viviéramos en armonía, en cordialidad y sobre todo en cuidado del uno por el otro. Pero al contrario de todo eso, nos hemos desviado del verdadero propósito de Dios; le hemos dado la espalda al amor y en su lugar hemos plantado en nuestros corazones puros odios y rencores, en lugar de protegernos, hemos oprimido al desvalido, aplastado al necesitado y esclavizado a los que por las mismas condiciones miserables, no pueden sobre salir por ellos mismos. En otras palabras en lugar de brindar la vida, brindamos la muerte sin importarnos un comino las vidas de los demás mientras nosotros gocemos de la plenitud material.

La miseria la vemos por todos lados y los que podríamos hacer algo por los que viven en medio de ella, no hacemos nada o lo suficiente por darle un cambio total y brindar de nuevo la dignidad a nuestros hermanos que sufren por la inmensa pobreza y la eterna miseria en la que viven, sin futuro, ni ninguna clase de motivación para salir adelante. Hoy vemos a pueblos enteros ser aplastados por los que teniendo el control económico, oprimen, desfalcándolos de todas aquellas riquezas naturales, mientras el pueblo se hunde por falta de alimento, por falta de trabajos con sueldos justos, en donde en muchas ocasiones las mujeres son inyectadas para que no queden embarazadas y a los niños los usan como pequeños esclavos, sin darles la oportunidad de una profesión o de un mejor futuro, quitándoles el derecho a ser felices y disfrutar de un juego de pelota como en los países desarrollados.

¿Qué nos pasa? ¿En dónde se encuentra la justicia? Y por supuesto como dijimos al principio de este libro, no es que Dios no esté allí; es más bien, el hecho que somos nosotros mismos los hombres los que le hemos dado a nuestro hermano, el más pequeño de todos, las miserias de la vida. Les hemos dado solamente lo que sobra de nuestras mesas y no los hemos hecho parte de nuestra cena.

Jesús vino a un mundo cargado de injusticias para devolver la dignidad a los que marginados por la sociedad se encontraban como aquellos leprosos, en la más grande de las soledades sin que nadie les atendiera por miedo al contagio. Él nace tomando la condición del pobre y viviendo como pobre comparte la alegría del amor más grande, el amor del Padre que está a la puerta de nuestro corazón, en espera de todos aquellos que de una u otra manera contribuyen a la miseria de la sociedad, en espera a que se arrepientan y como el hijo prodigo sus corazones sean transformados en el mismo amor y sepan reconocer que solamente por medio de amar al prójimo, es como verdaderamente estaremos amando a Dios.

Hoy en la misma manera, cada uno de nosotros estamos llamados a hacernos parte de ese nacimiento de Jesucristo. No solamente en nuestras vidas "cristianas", sino que en todos los aspectos de nuestra sociedad.

Recordemos que nuestro llamado es el de hacer la voluntad del Padre que nos envía como un mandato a predicar la Buena Nueva y hacer que todos los pueblos se conviertan, "bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28: 19) Pero ir a comunicar la Buena Nueva no solamente se queda en el de anunciar que Dios nos ama, sino que significa que debemos de demostrar al mundo que nosotros mismos amamos, pues nos interesamos y sobre todo velamos por todo aquello que los aqueja y que a su vez nos hacemos partícipes de sus dolores y sufrimientos, no en una manera teórica o filosófica, ni mucho menos de leyes y reglamentos puritanos religiosos, pero en la misma práctica, es decir: reír con ellos, sufrir con ellos y sobre todo velar por sus intereses especialmente con todos aquellos que viven marginados en medio de una sociedad que ve al rico hacerse más rico y al pobre cada día más pobre.

Nos dice el documento del Vaticano II: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su

corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” GS (Iglesia en el mundo actual) # 1

Cada uno de nosotros por el bautismo recibido de Cristo por medio de nuestra Iglesia, estamos obligados a compenetrarnos en todos los aspectos que de una u otra forma se adhieren a nuestra sociedad, especialmente cuando esto afecta a nuestros semejantes, por quienes Jesús mismo dio la vida, partiéndose en igualdad por cada uno de ellos, que, aun siendo parte de la sociedad, no tienen voz para reclamar justicia.

“Vosotros todos, los que habéis oído la llamada de los pueblos que sufren; vosotros, los que trabajáis para darles una respuesta; vosotros sois los apóstoles del desarrollo auténtico y verdadero que no consiste en la riqueza egoísta y deseada por sí misma, sino en la economía al servicio del hombre, el pan de cada día distribuido a todos, como fuente de fraternidad y signo de la Providencia” Populorum progressio (Encíclica del Papa Pablo VI sobre el progreso de los pueblos) # 86

La realidad es que aun viendo las necesidades del mundo, aun viviendo en medio de una cultura siniestra y oscura, nos hacemos partícipes de las mismas tinieblas al despreocuparnos por lo que otros sufren, mientras nosotros gozamos de una aparente tranquilidad, y mientras que el mundo materialista cae en desolación, nosotros decimos: “mientras no me afecte a mí, no me interesa que otros sufran”. Así de triste es nuestra realidad. Hoy vemos como muchos son perseguidos, acecinados, esclavizados y mutilados y aun así no hacemos comparecencia ante las realidades que se viven día tras día.

Vivimos una vida tan superficial, en la que solamente pensamos en lo que nosotros sufrimos, por lo que nos golpearon y hasta guardamos rencor por los que dejaron huellas y cicatrices en nuestro cuerpo y alma y sin darnos cuenta, nos apartamos del dolor y el

sufrimiento que quizá nosotros mismos causamos a los demás cuando los golpeamos y perseguimos por no ser como nosotros.

Hablamos de amor al prójimo de una forma tan bella y utilizamos toda una gama de retóricas que adorna nuestros discursos bellos dignos de ser puestos en los diarios de la vida misma, pero que cuando los debemos de poner en práctica hacemos de ellos un conjunto de palabrerías sin sentido, vanas glorias de lo que no vivimos. Ya por algo nos decía Jesús que nosotros no hiciéramos lo que ellos hacían, solamente lo que predicaban, pues sus retóricas estaban llenas de hipocresía, poniendo cargas pesadas que ni siquiera ellos mismos eran capaces de llevar. (Mt 23: 1-7; Mc 12: 38-40)

Veamos lo que nos dice el Nuevo Catecismo: "La vocación de la humanidad es manifestar la imagen de Dios y ser transformada a imagen del Hijo Único del Padre. Esta vocación reviste una forma personal, puesto que cada uno es llamado a entrar en la bienaventuranza divina; pero concierne también al conjunto de la comunidad humana" NC # 1877

Es por ello que Jesús mismo, experimentando el dolor y el sufrimiento de la marginación, nos habla en sus Bienaventuranzas sobre el hecho de hacernos "pobres de espíritu", para poder entender a los que sufren. No se puede comprender en su totalidad esta marginalidad de un hombre sobre el otro, sino hasta que el mismo hombre viva la experiencia del necesitado.

Por otro lado debemos de comprender que el hombre por sí solo no puede alcanzar la plenitud, este requiere de los otros miembros de la sociedad para lograr el bien deseado. Este bien se logra al trabajar unidos en un mismo Espíritu, soltándose a la voluntad del Padre por quién todas las cosas fueron hechas.

Recordemos que somos miembros de un mismo Cuerpo, Cristo como cabeza (1 Cor 12) y con la imagen de Dios impregnada en nuestro interior. Por lo tanto si yo como mano me doy cuenta que la pierna necesita que se le rasque, entonces tengo que estar dispuesto a rascar el lugar en donde pica, para que la pierna se sienta aliviada. De

la misma manera si yo como pierna me doy cuenta de que la mano esta doliente y necesita de atención médica, entonces estoy dispuesto a unirme con el pie para llevar a la mano a recibir la atención necesitada.

Por supuesto que todo eso se logra antes que nada reconociendo que como personas que tenemos dignidad de Dios, le amamos con toda nuestra mente, y con todo el corazón y que al amar a Dios, entonces estamos dispuestos a amar al prójimo como a nosotros mismos. En eso entonces reconocerán que verdaderamente somos discípulos de Cristo (Jn 13: 35)

“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: **‘Venid, benditos de mi Padre,** recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí.’ Entonces los justos le responderán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a ti?’ Y el Rey les dirá: ‘En verdad os digo que **cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños,** a mí me lo hicisteis.’ Entonces dirá también a los de su izquierda: **‘Apartaos de mí, malditos,** al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.’ Entonces dirán también éstos: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?’ Y él entonces les responderá: ‘En verdad os digo que **cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños,** también conmigo dejasteis de

hacerlo.' E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna" Mt 25: 31-46

Todos tenemos dignidad, eso lo mencionamos ya muchas veces, pero la realidad es que sin darnos cuenta, hemos pisoteado la dignidad de los que nos rodean en la manera en la que nos comportamos unos con los otros. Hemos sido injustos y ciertamente hemos maltratado y hecho presa fácil a los que sin tener los conocimientos necesarios de la vida, los tratamos como basura. Pisoteamos su dignidad cuando criticamos a la mujer que aborta, al que es homosexual, al ladrón, al asesino, al pedófilo; ponemos de cabeza a los que nos pide un pan para comer y se atreven a pedirnos posada en nuestro hogar; cuando damos la espalda a los niños abandonados, a aquellos que no tienen que comer y que mueren por desnutrición.

"Todos los hombres son llamados al mismo fin: Dios. Existe cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la fraternidad que los hombres deben instaurar entre ellos, en la verdad y el amor. El amor al prójimo es inseparable del amor a Dios" NC 1878

Además tenemos que aplicar esto no solamente en medio de nuestra sociedad, pero primero que nada en nuestro propio hogar en donde la miseria e injusticia social se suscita todos los días en la manera en la que tratamos a nuestra familia. Cuando lo que ganamos con el sudor de nuestra frente lo usamos en cosas que no traen bienestar, más al contrario acarrearán perdición, arrebatos, pleitos, desolación, muerte, etc. Por otro lado la injusticia social en el hogar se hace latente cuando prostituimos a nuestros hijos con los ejemplos de vida que les damos. Recordemos que ellos son imagen nuestra y como nosotros nos comportemos de la misma manera ellos se comportarán pues no conocen mejor. Un día en una clase de catecismo, la maestra les decía a sus niños que Diosito es como nuestro papá. Entonces uno de los niños levanta la mano y le pregunta: Maestra ¿Es cierto lo que está diciendo, que Diosito es como mi papá? La maestra respondió afirmativamente y entonces el niño con rostro desconcertado le dice: "Entonces Diosito ha de ser bien borracho"

Cuando nosotros atendamos al desnudo que vive bajo nuestro propio techo, cuando le demos alimento a nuestros seres queridos, cuando como padres, atendamos las necesidades de nuestros hijos y como esposos las de nuestra mujer y de la misma forma como esposas atendamos las necesidades de nuestro cónyuge y todos juntos como familia nos hagamos partícipes del mismo amor de Cristo, es en aquel momento que podremos salir a vestir al desnudo, dar de comer al hambriento, podremos entonces velar por las injusticias sociales, saldremos a hacer marchas para protestar contra las leyes anti inmigrantes, podremos plantarnos en frente de las clínicas de abortos, haremos protesta en contra los patrones que en su afán de riqueza, pasan sobre los pobres, oprimiéndolos y tratándolos como esclavos llevándolos a la muerte en medio de la pobreza.

Por supuesto que todo esto que se menciona aquí se va a realizar de acuerdo a nuestras propias capacidades, especialmente cuando hablamos sobre la vida familiar.

Así como Dios se usó de María como el Tabernáculo Santo por medio del cual su Hijo Jesucristo nacería al mundo para traer la salvación; hoy día Dios mismo, quiere de su propia vida como un nuevo tabernáculo por medio del cual su amor se derramará en medio de nuestras propias miserias y para que por medio de nuestra propia experiencia, podamos compartir lo mucho que el buen Padre está allí para tendernos la mano y sobre todo para que por medio de lo que hagamos en medio de la sociedad, pueda el hombre comprender que no está solo, sino que la gracia y la presencia de Dios habita en medio de sus dolores y angustias.

El desierto por amor:

En los Evangelios nos encontramos con ese momento en el que Jesús después de ser bautizado, fue conducido por el Espíritu de Dios hacia el desierto. En ese lugar nos cuenta la Escritura, Jesús

experimentó la más grande de las soledades, días sin comer y noches sin dormir. En medio de la nada, sin nadie a quién acudir para solicitar un pedazo de pan o un jarro de agua. Sus únicos acompañantes fueron: la lagartija, la serpiente venenosa, los alacranes y todo tipo de insecto aclimatado al desierto. Aun así, permaneció el tiempo necesario, aquel que Dios Padre tenía predestinado para él. Tuvo hambre nos cuenta el Evangelio; más sin embargo, aun con el deseo de un taco, de una pupusa o de un tamalito, supo esperar y, aunque el enemigo vino a tentarlo, logró vencer pues Dios estaba con él.

Nosotros también vivimos desiertos en nuestras vidas y, aunque los nuestros no son literalmente en medio del mismo, nos encontramos con realidades similares y sobre todo, estamos rodeados de tentaciones a las que atribuimos nuestras caídas en el pecado. Estas situaciones a las que estamos expuestos y la manera en la que reaccionamos a ellas, nos llevan a pensar que Dios es un ser que se encuentra solamente en las tradiciones de nuestros abuelos y en vez de buscar soluciones prácticas de fe, nos envolvemos en todo aquello que ciertamente nos aleja de él.

Hoy reconocemos que el hombre desde el principio ha sido débil y ha estado en constante lucha contra las tentaciones. Es que el hombre en su terquedad, sigue luchando en contra de fuerzas que ya han sido derrotadas y que por lo tanto ya no deberían de sonsacar al creyente con miedos, incitaciones y caídas en el fango del pecado pues Jesús mismo en su humanidad nos demostró que sí, que verdaderamente sí se puede vivir sin pecar. "¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis. **¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?** Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?" Jn 8: 43-46.

El hombre está siempre en búsqueda de todo aquello que lo haga sentirse bien, aun si las cosas que busca no son necesariamente las

correctas. Cierta día un hermano me contaba que su abuelo le había puesto una montaña sobre su vida y que él sin saberlo, empezó a sentirse mal interiormente y con mucha depresión. "Al verme así mi abuelo", me compartía. "No aguantó verme con dolor y deseos de quitarme la vida y se le remordió el corazón y me llevó con el brujo que me había puesto esa montaña y después de seis sesiones, me recupere". Yo quedé sorprendido por aquella confesión y me puse a pensar en cómo el mundo está tan verdaderamente perdido, en cómo nos dejamos conducir por las mentiras de Satanás que se aprovecha de nuestros desiertos para hacernos caer en la tentación del pecado.

En medio de las mentiras del mundo, la humanidad trata de dar soluciones a sus problemas, sin darse cuenta que en la mayoría de los casos, sus problemas son espirituales. En el instante que Jesús sintió hambre, el enemigo ve su debilidad humana y más sin embargo, reconoce que él es el hijo de Dios y, como tal, podría decirle a esa piedra que se convirtiera en pan; pero la respuesta de Jesús fue directa y sin titubeo, "¡No solo de pan vive el hombre!" Es que el Diablo comprende perfectamente que la carne siempre es débil y que por lo tanto ella está en búsqueda de aquellas cosas que le hagan "sentir bien." Pero, aunque Jesús convirtiera la piedra en pan, eso no le daría la fuerza que necesitaría para sobre llevar su misión. Jesús siempre supo perfectamente en su corazón que solamente por medio del Espíritu, es como daría fuerza a su carne mortal.

Nosotros por el contrario buscamos que la ciencia, la hechicería, la santería, el vudú, el ocultismo, el espiritismo, la parasicología, (podemos seguir mencionando muchas otras), traten de llenar ese vacío que existe en nuestro interior. No hay lógica alguna en las soluciones que el mismo hombre ha creado, para apantallar el dolor y el sufrimiento de la vida misma. Queremos darle carne a lo que es espiritual. Es por ello que estamos en una constante búsqueda bajo el farol de la calle, la moneda que se nos cayó, cuando ella se nos perdió en la oscuridad de nuestras tinieblas. Esto trae la desesperación, y la misma se conecta con el eslabón de la discordia y esta a su vez trae consigo la apatía y la depresión, pues nuestros pensamientos no están centrados en lo que realmente nos dará la pauta para prender una luz

en el lugar en donde perdimos la moneda, es decir, que estamos faltos fe.

El hombre se afana casi siempre en todo aquello que puede ver y tocar y aunque vea y toque de todas formas se queda ciego, pues lo que ve y toca hoy día, ya para mañana no sirve, pues, la vida continua girando para adelante y no se queda estancada en nuestro ego mortal, sino que más bien, da el tiempo para que lo aprovechemos en el instante adecuado. Es por ello que debemos de estar siempre atentos y enfocados no en el desierto de nuestras vidas, más bien, hay que enfocarnos en el oasis que podemos encontrar si sabemos cómo buscar.

El Evangelio de San Mateo nos lo dice bien claro: "No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. **Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal**" Mt 6: 31-34

Es una realidad que en el desierto se encuentra desolación; durante el día mucho calor y por la noche fríos insoportables. Aun así debemos de reconocer que en medio de los más grandes de los desiertos, se puede sobrevivir, si tan siquiera, abriéramos las puertas de la fe y la esperanza.

Jesús mismo nos dio el claro ejemplo de fe. En medio de su propio desierto, salió vencedor, confiando siempre hasta el último momento, en que el amor del Padre nunca lo abandonaría. Claro, el cuerpo es débil y el mismo nos lleva a como en el desierto a ver espejismos y a creer que verdaderamente vemos realidades y caemos en tentaciones sutiles que en vez de darnos la solución, nos hundan como arena movediza y entre más luchemos, más nos hundimos.

Jesús logró vencer todo tipo de tentación, no por el simple hecho de ser Dios mismo encarnado en la humanidad, sino más bien, por la misma confianza que tenía en el creador. Él sabía perfectamente que no sería abatido pues, pensaba en su presente con fe, y en una constante oración. Nunca se preocupó por lo que iba a comer, o si bien, dormiría o no, aunque sea por una sola noche; todo eso lo que el hombre necesita para su existencia, él lo apartó y aún, en los momentos más duros, siempre siguió creyendo que si su hoy estaba nublado, mañana saldría nuevamente el sol.

Así es, el propio instinto humano es el de aferrarse a la vida y al tratar de sujetarse a ella, está dispuesto a cualquier cosa, sin importar las consecuencias que esto le pueda acarrear. A veces se paga un gran precio por confiar en que hay un Dios que todo lo puede. Nuestra confianza siempre ha sido en el mundo; la desesperación del hambre y la sed no nos permiten enfocarnos en lo que realmente vale y preferimos un plato de lentejas ahora mismo que un manjar el día de mañana.

¿Cómo pretendemos decir que existe Dios cuando no le dejamos que realice su poder en medio de nuestras vidas? Como nos dice el libro del Deuteronomio: "Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿Hubo jamás desde un extremo a otro del cielo cosa tan grande como ésta? ¿Se oyó algo semejante? ¿Hay algún pueblo que haya oído como tú has oído la voz del Dios vivo hablando de en medio del fuego, y haya sobrevivido? ¿Algún dios intentó jamás venir a buscarse una nación de en medio de otra por medio de pruebas, señales, prodigios, en la guerra, **con mano fuerte y tenso brazo, con portentos terribles, como todo lo que Yahvé vuestro Dios hizo con vosotros**, a vuestros mismos ojos, en Egipto?" Dt 4: 32-34

Es que no es posible que no podamos ver la grandeza del verdadero amor de Dios actuando en medio de nuestras vidas. Esas señales milagrosas Dios Padre las realizó con su Hijo Jesucristo en medio del desierto. Pero nosotros estamos ciegos interiormente para reconocer su gran poder que obra a cada momento en nuestros

propios desiertos. Lo que pasa es que nos dejamos envolver por todo aquello que nos atormenta y le damos poder a lo que nos mantiene en la oscuridad y no creemos que si tan solo dobláramos rodillas el mismo Dios Yahvé de los ejércitos vendría a nuestro rescate, llenando nuestras vidas con su infinito amor.

Continúa diciendo el Deuteronomio ahora en los versos 36-38: **“A ti se te ha dado a ver todo esto**, para que sepas que Yahvé es el Dios y que no hay otro fuera de él. Desde el cielo te ha hecho oír su voz para instruirte, y en la tierra te ha mostrado su gran fuego, y de en medio del fuego has oído sus palabras. **Porque amó a tus padres y eligió a su descendencia después de ellos**, te sacó de Egipto personalmente con su gran fuerza.” Dios nos da a conocer su poder en todo momento. Veamos por ejemplo el simple hecho de respirar es señal de su gran poder y su inmenso amor en medio de nuestras vidas. Todo lo ha mostrado, todo lo podemos ver y todo lo podemos palpar, pero una vez más, nuestra intención (no mal intencionada lógicamente), es la de cerrarnos a su amor y la falta de confianza a reconocer que solamente por su medio podremos alcanzar salir adelante del desierto que vivimos en este momento.

Lo más interesante de la cita mencionada arriba, es la parte en la que nos dice que él nos ha demostrado su poder **“Porque amó a tus padres y eligió a su descendencia después de ellos”** Que maravilloso es poder profundizar en ese amor. Su amor no se puede nunca comparar con lo que el mundo ofrece para caer en tentación. Recordemos que la tentación lleva al pecado y, ¿qué es el pecado? Recordemos... “El pecado es todo aquello que nos aparta del amor de Dios” y como dice San Pablo cuando le escribe a los romanos: “...su fin es la muerte” Rom 6: 21

¿Cómo es posible que sigamos caminando en medio de la vida como si estuviéramos sufriendo en el desierto? ¿Qué valor y sentido le damos a nuestra vida sino procuramos el amor que Dios nos da para el consuelo de nuestras almas? ¿Por qué el hombre se afana en buscar entre candilejas todo aquello que solamente podemos encontrar si confiamos plenamente en Dios? Eso hizo Jesús y eso es lo que él nos

pide hacer cuando nos invita a imitarlo: **"Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados,** y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, **y aprended de mí,** que soy manso y humilde de corazón; **y hallaréis descanso para vuestras almas.** Porque mi yugo es suave y mi carga ligera." Mt 11: 28-30

Si tan siquiera pudiéramos doblar nuestras rodillas y nos diéramos a la tarea de hablar con Dios, compartiendo con él todo aquello que nos aqueja y todo aquello que nos mantiene vacíos de su amor. Solamente por medio de nuestro dialogo con el Señor es como podremos traer esa bendita luz para encontrar lo que se nos ha perdido en la oscuridad. Solamente platicando con él podemos descansar nuestras almas afligidas por la soledad del mundo. Cuando platicamos con él, es como imitaremos a Jesús quien en lo peor de su desierto tomo el tiempo para dialogar con su Padre, para pedir fuerzas para soportar el hambre y la sed que luego volvería a tener en esa Cruz del Calvario.

Cuando el dolor nos nubla el corazón y cuando ya no hay más en nuestro interior y en nuestros ojos solamente hay llanto y en nuestro andar sentimos claudicar y creemos que todo se ha acabado y nos sentimos derrotados y a punto de explotar. Debemos recordar que Dios está con nosotros para darnos la paz que tanto ansiamos. Aunque en nuestro desierto experimentemos frio y soledad y creamos que nadie nos acompaña en nuestro dolor, Dios está en medio de nuestras vidas. Simplemente confiemos, creamos que somos fortalecidos en su amor, para mover cualquier tipo de montaña o piedra que no nos permite seguir adelante. Debemos creer persistentemente que hay alguien que está allí siempre listo y dispuesto a atendernos en esos momentos oscuros. Dios lo puede hacer, no solamente porque es Dios, sino que porque él mismo experimentó en carne propia el mismo dolor y sufrimiento por el cual nosotros atravesamos.

Entonces no debemos de temer las circunstancias que nos aquejan; Dios no nos dio un Espíritu de temor, al contrario nos dio un Espíritu de hijos adoptivos que nos lleva a proclamar que Dios es verdaderamente nuestro Padre. (Rom 8: 14-15). Por lo consiguiente,

tenemos que estar seguros que en medio de todas nuestras pruebas, el poder de su magnífico amor estará con nosotros.

No es posible que vivamos siempre en las quejabanzas. Dios nunca está de acuerdo con ello; él siempre ha querido de nosotros que le alabemos con todo el corazón y que la confianza sea siempre firme en él. No en lo que el hombre nos pueda dar como remedio de curandero para aliviar los dolores del alma, sino que más bien, en plena confianza, creyendo a ciegas que él nunca nos abandona, así como nunca abandonó a su Hijo Jesucristo.

Es posible que las tentaciones sean grandes y profundas y que nuestra debilidad humana nos lleve a caer en ellas, pero si nos damos cuenta, es cosa de solamente levantar nuestra vista al Cielo y saber hacer antesala con fe, aquel momento indicado por nuestro Padre para la realización del milagro que esperamos con ansiedad. Tenemos que estar atentos a los frutos que el enemigo nos ofrece, pues ellos en apariencia son deliciosos, pero cuando los probamos, nos damos cuenta que son más amargos que el propio problema al que le queremos dar solución; ¡pero cuidado! que podemos acostumbrarnos a comer de ese fruto a tal grado que con el tiempo ya no sentiremos lo amargo de su sabor y eso queridos hermanos de mi corazón trae como consecuencia la separación entre la vida eterna y la muerte eterna.

También debemos ver que el desierto de nuestras vidas es solamente un instante en el lapso maravilloso de Dios. Es necesario que entendamos pues, que si Dios no nos permitiera vivir estos tiempos difíciles, entonces, cómo podríamos dar testimonio de su gran amor y poder. Fijémonos que no importan los sufrimientos que atravesamos en el presente de nuestras vidas, cuando nuestro destino es la gloria eterna. Miremos como ejemplo al mismo Jesús, quien probó en su carne el desierto, así también probó la gracia de su Padre amado a través de su ministerio.

Él poseyó en sí, la gran bendición de su propio desierto sin quejabanzas y al experimentar angustias y sufrimientos carnales, esa misma experiencia, lo llevó a compartir con gran poder la

majestuosidad de un Dios que viene al auxilio de las vidas de aquellos que realmente se abren a experimentar en carne propia, todos aquellos dolores que percibirían como anticipo de lo que está por venir. (Rom 8: 18)

“Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a **reproducir la imagen de su Hijo**, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos” Rom 8: 28-30

Es hermoso poder comprender ese amor que existe desde la eternidad para la eternidad. Dios nos ha escogido para a travesar un desierto (cualquiera que este sea en nuestras vidas) Esto lo hizo no porque sea malvado y quiera que nos perdamos, más bien al contrario, él, sabe perfectamente que por medio de todo aquello que él permite, es como verdaderamente descubriremos su amor que nos sostiene en todo momento. El mismo Salmo 91 y verso 10 al 14 nos dice: “El mal no te alcanzará, ni la plaga se acercará a tu tienda; que él ordenará a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos. Te llevarán ellos en sus manos, **para que en piedra no tropiece tu pie**; pisarás sobre el león y la víbora, hollarás al leoncillo y al dragón. Puesto que **me ama**, lo salvaré, lo protegeré, pues me reconoce.”

Cómo no creer en Dios, si está a cada momento con nosotros. Cómo no venir a él en nuestro peores momentos (aunque eso es lo que hacemos), en los que creemos que ya nada puede darnos solución a lo que vivimos. ¿Podrá existir el hombre sin la gracia del Dios altísimo en su interior? ¡Claro que no! Sin Dios Padre, Jesús mismo no hubiese alcanzado el clímax de su misión. Sin Dios Padre, nuestra Madre María, nunca hubiese sido la corredentora de la humanidad. Sin el amor del Padre, nunca podremos sobrellevar las penas y las angustias que nuestro desierto nos brinda y ni siquiera podríamos existir.

Si en estos momentos estamos atravesando los dolores del desierto, es entonces que debemos de retornar al amor del Padre, que está allí en espera como el Padre Bueno que espera a su hijo prodigo,

el amado, con los brazos abiertos y lágrimas en sus ojos pues “aquel que estaba muerto, ha vuelto a la vida” (Lc 15: 31)

“Y de igual manera, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; más el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios.” Rom 8: 26-27

No estamos solos, nunca lo hemos estado. De una u otra forma Dios nos acompaña y hace fiable aquella promesa de derramar en nosotros la gracia de su Espíritu de amor. Eso fue lo que hizo posible que Jesús se mantuviera firme hasta el final. Esa presencia de aquel Espíritu que nunca lo dejó; que nunca lo abandonó a las tentaciones del enemigo. Hoy día ese mismo Espíritu nos acompaña, siempre fiel y atento a nuestras necesidades. Él está en medio de nuestro desierto y aferrados a él, encontraremos las fuerzas y el ánimo de seguir adelante pues como dice San Pablo: “Ante esto ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? Rom 8: 31

Jesús cumple la promesa

El Papa Juan Pablo II escribió una carta pastoral en la que nos relataba sobre la identidad de Dios en la realidad de nuestras vidas. Esta carta la tituló: “Jesús, verdadero Dios, verdadero hombre”. En ella nos relata en una manera sin igual, el verdadero sentido de Jesús en relación al hombre mismo. Para que nosotros como humanidad, pudiéramos comprender el verdadero deseo del Padre de darnos la salvación por nuestros pecados, se despojó de su verdadera divinidad (Fil 2: 1-8)

En su carta el Santo Papa nos enseña que Dios mismo tomando esa condición humana, reflejó en su propio cuerpo todo aquel dolor y sufrimiento que aqueja al hombre, desde su condición humilde (pobre), naciendo de una Mujer que vivió un tiempo en el que por el simple hecho de ser mujer, la condenaba a la marginación y a una vida

en la que su único deber era el de complacer a quien fuere su marido. Así de esa manera Dios se despojó así mismo, (Fil 2: 8) tomando esa condición de pobre en medio de las más grandes de las pobreza. ¿Quién se podrá imaginar que siendo rico, nacería en un pesebre, sin nadie más a su alrededor que sus padres y un bonche de animales?

Es por ello que el Papa nos dice que Dios se hizo carne, en donde nos explica como el mismo Verbo, se encarnó en la humanidad: "Más distintamente se expresa esta verdad en el Prólogo del Evangelio de Juan: **"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"** (Jn 1: 14). Carne (en griego "sarx") significa el hombre en concreto, que comprende la corporeidad, y por tanto la precariedad, la debilidad, en cierto sentido la caducidad ("Toda carne es hierba", leemos en el libro de Isaías 40: 6). *Jesucristo* es hombre en este significado de la palabra "carne"

Aun así en la misma miseria (pobreza) de su humanidad, Jesús logra comprender completamente, la magnitud de lo que él venía a plasmar entre nosotros, sus amigos. Él entendió que su vida atravesaría por un montón de situaciones en las cuales se mediría a totalidad su entereza y su confianza en quién lo había enviado.

Aun en los momentos más difíciles, siempre logró ser fiel al llamado que había él mismo tomado por voluntad propia. Nunca se dejó intimidar por las circunstancias que le rodeaban pues bien sabía que el propósito total de su existir en la Carne era el simple hecho de proclamar el amor del Padre y la salvación de las almas perdidas. Ya bien lo dice el Evangelio de San Lucas capítulo 9 y verso 13: "Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores."

¿Cómo es que el hombre nunca ha podido comprender en su totalidad la misión de Jesús en medio de la humanidad? Es que nuestras mentes siempre están atentas a las corrientes y condiciones de todo aquello que nos rodea y perdemos el tiempo en explicar el significado de la vida misma cuando no le encontramos sentido lógico a lo que nos ocurre. Esto lo podemos ver no solamente en nuestros tiempos, sino que a través de la historia humana; en ella, se buscó

siempre darle sentido a todo aquello que no podíamos comprender y es cuando sin conocimiento científico, se le buscó darle significado de dioses a todo cuanto no podíamos explicar. Aun el hecho de la vida misma, nos es difícil comprender; Siempre buscamos descubrir de dónde venimos y hasta nos atrevemos a decir con fiada con todos esos avances científicos, hacia dónde nos dirigimos, y en eso perdemos el sentido real de nuestro existir, divagando sin sentido ni rumbo por las esferas del vivir.

Hoy día, nos centramos en un mundo que se aferra más a la ciencia, preocupándose más por buscar un del porqué de la vida y no por profundizar en la fe que nos abre las puertas para el encuentro con el Señor. Nos estamos olvidando día tras día que Cristo en su humanidad, vino a darnos la sabiduría para un mejor porvenir y, si tan siquiera nos abriéramos a sus enseñanzas, nos daríamos cuenta que lo que hoy día habla la ciencia atea, lo podemos descubrir en el "amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo" Mc 12: 30-31

Jesús vino a este mundo sabiendo de antemano todas aquellas circunstancias por las que el hombre atraviesa y aun así acepto el reto de darse así mismo por amor. Es necesario entonces, que nos demos cuenta de la importancia de reconocer o mejor dicho vivir y experimentar en nuestras propias vidas el ejemplo de Dios encarnado en su Hijo Jesucristo, pues si bien es cierto como lo leímos en los párrafos anteriores, él es completamente Dios y Hombre, él nos da las pautas para vivir una vida plena consagrada y entera en santidad para llegar en medio de nuestras duras batallas, nuestras penas, nuestras tentaciones, nuestras debilidades; en medio de las enfermedades, sean estas terminales o de índoles pasivas; o en medio de tantas otras cosas que afectan nuestra fe en Dios y que de cierto modo nos preparan a una santa cruz que se dispone para cada uno al final de nuestro caminar en este cuerpo mortal, sabiendo fuera de toda duda humana, que la cruz es solamente el paso para la vida eterna, ya no con este cuerpo que se pudre y vuelve al lodo, más bien con el propio espíritu de aquel que experimentando en su humanidad todos nuestro conflictos, nos llenará de la luz radiante de Dios, de quien venimos y a

quien realmente vamos. Eso es fe, y aunque ella no esté llena de la lógica humana, pues, al final de toda la lógica y los descubrimientos científicos se quedan en la nada ante la realeza de Dios en Jesús encarnado en la humanidad.

Alguien me decía: "Hermano René qué difícil es para mí comprender este camino". Por supuesto que es difícil. Pero se hace más duro cuando lo caminamos solamente pensando en la carne y sus debilidades. Recordemos una vez más, que Jesús despojándose de su divinidad o igualdad con Dios, se humilló hasta la muerte (Fil 2: 6-8) y durante su pasión que lo llevó a la Cruz del Calvario, supo reconocer que su carne (sarx) siendo débil necesitaba de la fortaleza de Dios. El mismo Evangelio según San Marcos en el capítulo 14 y versos 34 y 36 "Y les dice: Mi alma está triste hasta el punto de morir...Y decía: ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú".

Del mismo modo en el verso 38 él nos enseña que nosotros siendo de la misma naturaleza (sarx), debemos de reconocer que cuando nos dejamos doblegar por la carne, está nos debilita y por lo mismo nos dice el verso, que estamos necesitados del Espíritu de Dios para no caer en la tentación y por ende, sobre llevar todo aquello que nos aflige y que no nos deja completar la misión a la cual hemos sido llamados.

Es por no entender este misterio, por el que muchos se pierden y optan por ideologías gnósticas; piensan y creen que solamente en sí mismo puede el hombre confiar para la solución de sus lamentos. No quieren aceptar la realidad latente que existe en el misterio de su encarnación y se cuestionan la posibilidad de Dios hecho carne, así como le sucedió a Felipe en el relato de San Juan en su Evangelio "Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta" Jn 14: 8

En cierto modo somos quizás como Santo Tomás, cuando este incrédulamente le responde a sus compañeros apóstoles: "Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en los agujeros de los clavos, y no introduzca mi mano en el agujero de su

costado, no creeré” Jn 20: 25b. Eso es lo que el mundo actual nos pide: “Dame una prueba de que en realidad Jesús existe y entonces creeré”. El problema radica en nuestro propio comportamiento. No somos nosotros mismos claros en lo que profesamos. Hay dudas en nuestros corazones sobre la encarnación de Cristo; hay duda sobre la virginidad de María; hay duda de nuestro servicio y nuestra apertura a seguir el camino que nos conduce a vivir nuestra propia pasión, en medio de desiertos y desolación. No encontramos respuesta a lo que otros nos dicen sobre este misterio y nos dejamos inundar por ideologías absurdas fundamentadas en simples paranoias de hombres que como nosotros un día dudaron sobre Dios, sobre su juicio, sobre su Hijo quién vendría a darnos la oportunidad de salvarnos de la muerte por consecuencia de nuestros pecados.

La realidad es que si tan siquiera dedicáramos un momento para digerir todo aquello que encierra el misterio de la encarnación (Et incarnatus est de Spiritu Sancto), entonces nos daríamos cuenta que si vale la pena experimentar en carne propia los dolores y sufrimientos que le hicieron falta al Cuerpo de Cristo (Col 1: 24; 2 Cor 1: 6)

De eso se trata, de vivir una vida plena en Cristo aquí en la tierra, en la carne pues si bien es cierto que él, verdadero Hombre, vivió, sufrió y murió, también es cierto que resucitó para la vida eterna y lo más hermoso de todo es que para allá vamos todos aquellos que vivimos de acuerdo a su plan perfecto de amor. Porque si nos enfocamos en la humanidad y espiritualidad de Cristo como una simple ciencia de cristología, nos daremos cuenta que como tal, esta no es una ciencia o un método de vida, es más bien, el saber descubrir la grandeza de Dios en su Hijo Jesucristo que vino a demostrarnos que sí, que si hay una manera efectiva de vivir la vida, sin importar lo que atravesemos en el proceso. Por supuesto, esto no quiere decir que como máquinas, simplemente nos rociemos de aceite para seguir produciendo ino! Es más bien dar gracias a Dios que su plan perfecto de amor se derrama y desarrolla en nuestras vidas en medio de lo que vivimos todos los días, sin convertir esa experiencia en una simple rutina del vivir.

Él, es el ejemplo perfecto de santidad; solamente en él podemos ver con claridad la manera de vivir, dejándonos conducir como él lo hizo, por el Espíritu Santo que sabe perfectamente lo que somos, descubriendo la respuesta en ello, de dónde venimos, en dónde estamos y hacia dónde vamos. No nos dejemos intimidar por lo que el hombre llevado por la ambición y falta de fe nos quiera amenazar apartándonos de la verdadera fe. Recordemos que el camino puede tornarse en un camino ancho y el mismo nos conduce por la amplitud de ideologías mundanas, por pensamientos idolatras y sobre todo por toda codicia de poder. Este camino se hace ciertamente ancho por el simple hecho de que en medio del caminar muchos se pierden, se mueren y se apartan unos de otros. Aún hay otros que en su caminar por esta ruta, discuten entre ellos, cada cual buscando su propia verdad, cada quien con un mapa, como buscando un tesoro escondido al que nunca llegarán, algo así como aquellos que piensan que hay un balde con oro al final del arcoíris.

En cambio los que nos decidimos por el camino angosto, experimentamos las dificultades, las caídas, las apretazones y las persecuciones por todos aquellos que nos señalan y se burlan por no caminar como ellos. Es que no es fácil lo dijimos anteriormente. No es fácil aceptar que somos diferentes en Cristo; no es fácil dejarnos conducir por su Espíritu de amor; que no es fácil experimentar lo que él, experimentó y sobre todo saber que el seguir su ejemplo nos aparta de todo aquello que delita nuestro cuerpo.

Posiblemente alguien en este momento va a decir: "Bueno, si esto es profundizar en la encarnación de Cristo, prefiero detenerme y devolverme pues no podría soportar un paso más". Y es que los verdaderos cristianos son los que prosiguen el camino y se dejan guiar por esa verdad para llegar a la vida eterna (Jn 14: 6) Nunca en las quejabanzas, más bien en alabanzas, adoración y exaltación a quien encarnado nació de una Virgen y se dio al mundo para su salvación.

Por lo tanto como creyentes, dejémonos conducir por amor y disfrutemos de su Cuerpo consagrado que nos lleva a una vida en abundancia, pues en realidad nosotros ya la tenemos hecha ya que él

dio su vida carnal en nuestro lugar y entonces nosotros de que nos quejamos o por qué buscamos en otros lados lo que tan grandemente encontramos en medio de nuestra fe, una fe que profesamos diariamente: *"...Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos, padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria..."*

A eso vino Cristo, a brindarnos la expresión más hermosa que Dios mismo pudiese darnos: "su amor infinito para la salvación de la humanidad". En él, se hacer realidad el deseo de Dios padre desde el instante en que el hombre pecó en el Edén. Aunque pareciere que Dios mismo no quisiera ver más con la humanidad, su propia esencia de amor, no le permite apartarse del hombre, aun así el hombre trate por todos los medios posibles el alejarse de él. El profeta Jeremías nos dice: "¡Ay, Señor Yahvé! Tú eres quien hiciste los cielos y la tierra con tu gran poder y tenso brazo: **nada es imposible para ti**" Jer 32: 17 La única excepción a esta declaración es que Dios no puede aun con su gran poder, dejar de amarnos y por los siglos, buscó siempre la manera en la que salvaría al hombre de su alejamiento, para que este no se perdiera en las tinieblas del infierno, sino más bien, darle un lugar en el cielo, a su lado para la eternidad.

Debemos de decirlo, el hombre desde el principio ha sido débil y ha estado en constante lucha contra la carne. Hoy el hombre sigue luchando en contra de fuerzas que ya han sido derrotadas y que por lo tanto ya no deberían de sonsacar al creyente con miedos, tentaciones y caídas en el fango del pecado pues Jesús mismo en su humanidad nos demostró que si se puede vivir sin pecar. "¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale

de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis. **¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?** Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?" Jn 8: 43-46

De todas maneras y muchas formas el Diablo ha querido sub rayar nuestras debilidades haciéndonos sentir que no valemos nada y que debemos de seguir luchando en contra de la voluntad de Dios para nuestras vidas. Jesucristo mismo, quien como dijimos anteriormente, se hizo Carne (sarx) y vivió entre nosotros, experimentó en su humanidad todo aquello que le aquejaba al hombre; él sonrió y sintió gozo cuando se inundó del Espíritu Santo (Lc 10: 21), lloró (Lc 9: 41-42; Jn 11: 33-35), él se molestó (Mt 21: 12-13), se sintió débil (Mc 14: 33-34; Mt 26: 37) y lo más importante, experimentó la persecución, los golpes, las angustias, las humillaciones, los dolores de los clavos, la Corona de espinas, los latigazos (Mt 26: 47; 27: 1ss), etc. Pero en los Evangelios resulta, sobre todo, que Jesús ha amado. Leemos que durante el coloquio con el joven que vino a preguntarle qué tenía que hacer para entrar en el reino de los cielos, "Jesús poniendo en él los ojos, lo amó" (Mc 10: 21) El Evangelista Juan escribe que "Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro" (Jn 11: 5), y se llama a sí mismo "el discípulo a quien Jesús amaba" (Jn 13: 23) Y en medio de todo eso él nos invita a creerle, a serle fiel y sobre todo a vivir de acuerdo a la voluntad del Padre.

No podemos, ni debemos dejar que las circunstancias de nuestras vidas nos engatusen y mangoneen al son del diablo. No debemos de permitir que las tentaciones nos dominen y nos lleven a la muerte. Debemos de creer que Jesús ha dado su vida por la salvación del mundo y aun no siendo pecador, cargó con los pecados del mundo, haciéndose pecado en la Cruz para que por medio de ese sacrificio fuéramos reconciliados con el Padre. (Rom 5: 10; 2 Cor 5: 19.21)

Debemos de comprender que solamente por medio de su sacrificio, es como Jesús cumplió la promesa del Padre para la humanidad. ¿Qué sería de nosotros si él no hubiese aceptado? Seríamos sin lugar a

dudas como el pájaro herido dejado por muerto o como el hombre en el desierto, sin agua pierde la vida.

Es por ello que debemos de abrir nuestro corazón y decirle desde lo más íntimo de nuestro ser: "Dame Señor más y más de ti". Entonces rindamos nuestro corazón ante su grandeza y sepamos estar siempre agradecidos por todo lo que hizo por la salvación de nuestras almas. Procuremos beber siempre su agua y buscar siempre llenarnos de su infinito amor demostrado no con simples palabras que salen solamente para adornar un prólogo, sino que lo demostró muriendo por cada uno de nosotros en esa Cruz del Calvario, cumpliendo así la obra redentora de Dios para la humanidad.

Cristo nos enseña a amar

Enfoquémonos ahora en el mismo ejemplo de Jesús: Él nos pide que nosotros hagamos lo mismo, que reflejemos su imagen a los demás, que lo imitemos en todo sentido posible y que en eso nos dejemos inundar de su amor para dar amor a Dios y al prójimo como a nosotros mismos.

La Escritura nos dice: "Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros; **haced esto en recuerdo mío.**»" Lc 22: 19. En esa expresión: "*haced esto en recuerdo mío*" está expresado todo el sentido de la igualdad con Cristo a la que estamos llamados.

Primero que nada tenemos que analizar la primera parte: Jesús toma el pan y después de una acción de gracias, lo "parte" y se los da a sus apóstoles; Jesús se parte en igualdad sobre toda la humanidad pues no pretende que ninguno de nosotros seamos uno más que el otro. Él en su humildad se nos da en partes iguales, en amor y sabiduría, en respeto por ser creación de Dios, dándonos la misma medida en su amor que demostró al sacrificarse por nosotros.

El problema siempre ha sido que el hombre busca en otras maneras su propia felicidad y con ello se vuelve egoísta y ego

centrista, dando parte al diablo para introducirse en su vida y quebrar todo aquello que ha recibido de parte de Dios. Es por ello que el hombre (y la mujer también), vive con angustias y tristezas pues ha dejado al enemigo tomar control de su vida, llenándose de odios y rencores, dando golpes de atarantado cuando no concibe en su corazón la grandeza del amor pleno y eterno con el que Jesús le ha amado.

El hombre se deja quebrar cuando en su interior se deja llevar por el hecho de no "querer" perdonar a aquellos que le hicieron mal. Si bien es cierto que lo que nos hicieron es muy doloroso y que de alguna manera ese mismo dolor no nos permite abrirnos a una reconciliación, es también por demás decir que Jesús mismo se dio en plenitud para el perdón de todo aquello que hemos hecho en contra suya; todos aquellos golpes que damos al prójimo (especialmente a nuestras propias familias), son los mismos golpes que le hemos dado a Cristo.

De ninguna manera podemos nosotros afirmar que Dios nos ama y que se nos dio en partes iguales cuando nosotros mismos no creemos en su amor. Es que la clave para comprender ese "partirse" es el "creer" que él lo hizo verdaderamente por cada uno de nosotros y en especial por mí. ¿Cómo pretendo decir que vivo en su amor y no creo en que él, se dio por mí en amor? Es imposible poder sobre llevar una vida que nosotros mismos hacemos de conflicto por el simple hecho de estar con Jesús tomando de todo lo que él nos da solamente cuando "necesitamos" y cuando nos sentimos mejor lo dejamos entre el gabinete de las medicinas pues ya no tenemos más dolor. Eso significa que solamente creemos en él cuando tenemos problemas o necesidades y es por ello que estamos constantemente en quejabanzas por el simple hecho de no creer plenamente en que él se partió así mismo porque nos ama con amor eterno (Jer 31: 3)

Jesús cuando les hablaba a sus apóstoles, les hacía referencia a esto mismo: "Cuando venga él (el Paráclito→ del griego "Paracletos"→ abogado, consolador), rebatirá al mundo en lo que toca al pecado, al camino de justicia y al juicio. ¿Qué pecado? Que no creyeron en mí". Jn 26: 8-9

Que terrible es que aun sabiendo lo que él hizo por nosotros, aun cuando estamos en sus caminos, no creemos verdaderamente en su amor. Es difícil lo sabemos, pues los trajines del diario vivir, las rutinas y nuestra respuesta a todo ello, nos van apartando de la realidad del Cristo que nos ama y que nos demuestra que si se puede, que si se puede salir de lo sub real de la vida si tan solo le creyéramos.

Eso nos lleva al segundo punto de la cita que estamos reflexionando: "*haced esto en recuerdo mío*" Si en la reflexión anterior nos enfocamos en el hecho de creer en su acción de partirse en igualdad con cada uno de nosotros, veremos ahora el otro punto, el de poner nosotros mismos en acción lo que creímos de él.

La pregunta clara viene siendo: ¿Qué significa ese "haced esto"? ¿Qué es ese "esto"? Si anteriormente dijimos que él se partió, entonces cuando él nos invita a hacer lo mismo, nos está haciendo un llamado a vivir en igualdad ese mismo sacrificio que nos lleva a reconocer que nuestros corazones deben de estar siempre abiertos a entregar nuestras vidas por todos aquellos quienes un día nos lastimaron emocionalmente, físicamente y espiritualmente.

No podemos solamente pretender que vivimos la fiel enseñanza de Cristo que libre de pecado se hizo pecado en la Cruz (2 Cor 5: 19), si no sacrificamos nosotros mismos nuestras vidas por amor a todos esos que nos hicieron el mal. Yo no puedo decir que creo en que él se partió por mí, si no aplico con hechos lo que creo. Cómo pretendemos llamarnos fieles seguidores de Jesús proclamándole en cada uno de nuestros actos de fe y muchos de ellos de religiosidad popular, cuando no vivimos a plenitud el verdadero amor por el cual él mismo vivió sin pecar.

La realidad es que nuestras vidas deben de enfocarse en esos dos Grandes mandamientos de Jesús. "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo" Mc 12: 28-34 Cuando nosotros decimos que amamos a Dios, entonces estamos diciendo que verdaderamente amamos a todos los que nos rodean, a nuestros familiares, amigos y enemigos; a los que nos han hecho bien y a los que nos hicieron mal.

Se trata de demostrar que somos fieles a la misma voluntad de Dios y que seguimos el claro ejemplo de Jesús cuando allá en el huerto de Getsemaní, en medio de su agonía, proclamó aquella expresión nacida de su más profundo amor, por todos aquellos que le rechazaron y no le creyeron: "Y les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad.» Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: « ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que **yo quiero, sino lo que quieres tú.**»" Mc 14: 35-36

En distintas comunidades descubrimos a los fieles seguidores de la fe, que aun profesando con palabras lo que han aprendido de los mismos apóstoles, viven en eterno conflicto por el hecho de no creer en el amor. Veamos en nuestra propia comunidad como a pesar de que "andamos" en lo mismo hay entre nosotros gente que se dice así misma seguidora y creyente de Cristo y por más que se vea entregado a sus rezos y a sus participaciones en todo acto de religiosidad popular, estos no consiguen ser felices y mucho menos viven en paz pues sus corazones están llenos de todo tipo de odio y rencor, sus almas llenas de celos, vanidades y vanas glorias, creyéndose gente importante pues son de la Iglesia y más sin embargo son como "doña Carlota", aquella mujer que siendo como ellos, poncho más de cien pelotas.

¿Por qué nos cuesta comprender lo sencillo que es ser como Jesús? ¿Por qué vivimos y a la vez nos hacemos parte de este mundo en todos los aspectos de sus oscuridades? Por qué no le permitimos a nuestro espíritu llenarse del Espíritu del Señor. Somos creados a imagen y semejanza de Dios (Gen 1: 26) y aun sabiendo eso nos cuesta comprender que si somos carnales y propensos al pecado, también debemos de entender que Cristo mismo siendo de la misma naturaleza como hablamos anteriormente, no cometió pecado. "Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, **dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas.** El que no cometió pecado, **y en cuya boca no se halló engaño;** el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con

justicia; el mismo que, sobre el madero, **llevó nuestros pecados** en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; **con cuyas heridas habéis sido curados**. Erais **como ovejas descarriadas**, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas. 1 Ped 2: 21-25

Por lo tanto debemos de imitarle en todos los aspectos de su vida. Inclusive debemos de profundizar en ese "partirme a mí mismo por amor", dándonos en derrame de perdón, reconciliándonos los unos a los otros, pidiendo perdón por nuestras faltas y no solamente en el Sacramento de la Reconciliación, más bien en el de acercarnos a todos y cada uno de aquellos a los que hemos herido, matando sus almas y creando en ellos el mismo odio y rencor del cual nosotros mismos hemos sido presas.

¿Cómo podríamos comprender ese sacrificio al cual estamos llamados? Alguien puede decir por ahí que somos humanos y que por lo tanto somos débiles ante tal situación. Es cierto somos humanos como lo fue Cristo, somos débiles como el mismo Cristo lo fue en su momento. La diferencia es que Jesús no se dejó vencer por lo malo de su vida carnal (no hablamos de su carne en el pecado sino de todo aquello que experimentó en su humanidad), más bien, venció el mal a causa de hacer el bien (Rom 12: 21) En ello nos da a entender que podemos hacernos semejantes en todo aspecto a la imagen de Dios que está impregnada en nuestras vidas.

Pablo mismo lo decía bien claro: "Tres veces rogué al Señor que lo alejara de mí pero me dijo: «Te basta mi gracia, **mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad**». Con mucho gusto, pues, me preciaré de mis debilidades, para que me cubra la fuerza de Cristo. Por eso acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte" 2 Cor 12: 8-10. Eso es todo. Cuando comprendemos esto, estamos realmente entendiendo el verdadero significado de "hacer esto en memoria mía" Pues si nos reconocemos débiles ante la grandeza de Dios que obra en nuestras vidas por el amor infinito con el que él nos ama, entonces en eso

mismo nosotros podremos amar a todos los que nos aman y aun mayor, a todos aquellos que pensamos que no nos aman y a los que nos cuesta amar.

Es que partirnos significa que estamos dispuestos a dar nuestras propias vidas en sacrificio por amor. Morir significa vivir y en nuestras vidas eso... se vive al revés: "Vivo por vivir, pues vivir es morir" Nos cuesta reconocer esto mismo en lo profundo de nuestro ser. ¿Qué hay en nuestros corazones? ¿Qué es lo que nos motiva a seguir adelante en medio de todo lo que vivimos? La verdad es que debemos soltarnos a su misericordia, teniendo nosotros mismos misericordia por los demás. Debemos de ser fieles y vivir nuestra propia pobreza de espíritu (Mt 5: 3). Es decir, que nos vamos a soltar de todas aquellas cosas que inundan nuestro corazón (pecado en todas sus formas) y dejar que las riquezas de Dios llenen el vacío que deja el no vivir de acuerdo a su plan perfecto de amor.

Cristo manifiesta "plenamente" el hombre al propio hombre por el hecho de que él "no había conocido el pecado". Puesto que el pecado no es de ninguna manera un enriquecimiento del hombre. Todo lo contrario: lo deprecia, lo disminuye, lo priva de la plenitud que le es propia.

"Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que amar al prójimo, ha cumplido la ley. En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo.** La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud" Rom 13: 8-10

Esto es una clara realidad en nuestras vidas. En la misma ciencia de Cristo, podemos comprender que el separarnos de ese amor significa que nos separamos no solamente de Dios, sino que, también lo hacemos de nuestros hermanos (familia, amigos, compadres, etc.) Lo hermoso de todo es que si lo vemos en un plano simple y humano entonces vamos a comprender que el mismo Espíritu de Dios que ya

mora en nosotros, actúa como conciencia de todo cuanto hacemos y no hacemos. A esto llamamos "acto de conciencia o moral"

Por eso el mismo Jesús cuando en preparación de su Pasión, entabla un hermoso dialogo con sus apóstoles diciéndoles que ellos deben de aprender a amarse mutuamente, así como él ama (Jn 13: 34-35). De la misma manera hoy Cristo mismo nos invita a desprendernos de todo tipo de rivalidad y egoísmo, para que en ello el mundo pudiera verdaderamente comprender y digerir en cierta manera todo aquello que significa la grandeza y el amor de lo que profesamos, dando testimonio a cada momento que realmente vivimos a ejemplo de Cristo.

A eso mismo estamos llamados todos los cristianos; a vivir a plenitud el ejemplo de Jesús que despojándose de su realeza, se entregó de corazón y no solamente de la boca para afuera como muchos de nosotros, más bien, de lo más íntimo de su corazón.

Cristo supo el verdadero significado de "amor eterno" (Jer 31: 3) Él lo predicó, porque lo vivió. Algunos de nosotros lo predicamos pero no lo vivimos. ¿Por qué? Pues por el hecho de saber que el hacerlo significa que estoy dispuesto a dar mi propia vida (no como Pedro que a la hora de la hora lo negó tres veces), que estoy dispuesto a sacrificar mi vida por todos aquellos que me lastimaron, me ofendieron y me hirieron. No es fácil, lo comprendemos perfectamente y claro siempre podemos dar esa misma excusa: "Es que soy humano y por lo mismo soy débil". Es cierto, somos carne, pero también en nuestra humanidad poseemos lo que los otros seres terrestres no poseen... ¡Espíritu! Es ese mismo Espíritu que Dios sopló sobre nosotros al momento de crearnos, el que nos da la fuerza para continuar en este sendero que nos lleva a experimentar en carne propia el verdadero sentido de nuestra cruz.

"San Pablo utiliza también otra palabra: "se humilló a sí mismo". Esta palabra la inserta él en el contexto de la realidad de la redención. Efectivamente, escribe que Jesucristo "se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil 2: 8). Aquí se

describe la "Kenosis" (del griego → ekénosen=vaciarse así mismo) de Cristo en su dimensión definitiva. Desde el punto de vista humano es **la dimensión del despojamiento** mediante la pasión y la muerte infamante. Desde el punto de vista divino es **la redención** que realiza el amor misericordioso del Padre por medio del Hijo que obedeció voluntariamente por amor al Padre y a los hombres a los que tenía que salvar. En ese momento se produjo un nuevo comienzo de la gloria de Dios en la historia del hombre: la gloria de Cristo, su Hijo hecho hombre. En efecto, el texto paulino dice: "Por lo cual **Dios le exaltó** y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre" (Fil 2: 9).

Es por ello, que si aceptamos la invitación de Jesús a amarnos como él nos ama, es entonces como nuestro corazón, se abrirá al amor verdadero que se da a los demás con entereza y manifestación exterior de lo que ya llevamos en el interior. Esto significa que solamente por medio de su amor impregnado en nuestros corazones, es como lograremos demostrar que verdaderamente vivimos en él.

Qué difícil es amar cuando hay dolor

Como vemos, Jesús, que verdaderamente es Dios y hombre a la vez, no escatimó lo grande de su majestuosidad, sino que nos vino a demostrar que realmente si se puede vivir de acuerdo a su plan perfecto de amor. Eso mismo es a lo que todos nosotros estamos llamados; a vivir la misma experiencia de Cristo en nuestras vidas para los demás.

¿Por qué el hombre siempre ha buscado apartarse de esta realidad? Todo lo que nos sucede, todo lo que pasa a nuestro alrededor, se convierte en nosotros en un arma que aniquila nuestro espíritu, cuando por causa de ese dolor o sufrimiento, nos vamos separando del verdadero esplendor de Jesús. Las razones que damos son las mismas que el mundo en su propio vacío nos ofrece y se deleita en ofrecernos. Parece que el mundo siempre está dispuesto a darnos una píldora para calmar el dolor que experimentamos en el alma; aunque también nos damos cuenta que es eso mismo lo que

hacemos con Jesucristo, solamente lo tomamos como una píldora para calmar todo aquello que nos aleja de su amor.

Es que no podemos simplemente decirnos cristianos, cuando despreciamos el dolor y la angustia, cuando no queremos ningún tipo de sufrimiento, ya sea esté una enfermedad o una situación difícil en el hogar; pero eso sí, queremos la gloria eterna y que Dios nos perdone “así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

Toda nuestra vida se manifiesta en el sentido del bienestar, aunque sea solamente temporal y cuidamos tanto nuestra felicidad que ciertamente nos olvidamos de que en esa protección descuidamos a todos aquellos que nos rodean e inclusive por ello, y sin darnos cuenta, no podemos perdonar de la misma manera que él nos perdona. La realidad es que vamos a comprender ese perdón desde el mismo instante en el que nos humillemos ante Jesús y en esa misma humillación reconozcamos que nuestra felicidad se encuentra solamente en el amor y el perdón aunque eso signifique dolor y sufrimiento como lo experimentó el mismo Jesús en su Pasión y su crucifixión.

Ya el mismo San Pablo nos habla sobre como Jesús entregándose a la muerte en la cruz del Calvario, se hizo él mismo pecado para que por medio del dolor de la Cruz, nosotros fuéramos reconciliados con el Padre (2 Cor 5: 19; Rom 5: 10), aunque por momentos demostró a plenitud su humanidad, como lo podemos leer en el Evangelio de San Marcos capítulo 15 y versos del 33 en adelante: “Dios mí, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Siempre tuvo presente que solamente entregándose al amor verdadero era como podría salir triunfante de todo aquello que lo llevó a convertirse en Redentor de la humanidad. Es por ello que cuando nos dice que por medio del dolor o sufrimiento es como llegaremos al Reino de los Cielos, nos da el patatush y en vez de sentirnos confortados, más bien, pensamos que el que nos dijo eso, está loco de remate.

Un día recibí una llamada de una hermana que llorando me pedía que orara por su sobrina a la que le habían detectado cáncer en el

cerebro. Cuando la hermana me platicaba sobre su sobrina, desconsolada me decía que desde muy joven se descarrió del hogar en donde vivía con sus padre y desviada tomo el camino de la calle con drogas alcohol y sexo desordenado. "Un día" me contaba la hermana, la llevaron a un centro de rehabilitación del cual salió sin pena ni gloria, pero que después de una visita de unos hermanos cristianos, ella creía haber encontrado paz y alivio a su corazón. Unos días después de haber salido del centro, volvió otra vez a las andadas, obedeciendo al llamado que el mundo le ofrecía y al hacerlo se olvidó del amor de Dios. Hoy esta postrada en una cama desahuciada por la ciencia y aun así no quiere abrir su corazón al Señor, pero si quiere que le quiten el dolor que experimenta en su cerebro.

Lo curioso de todo siempre ha sido el hecho de que al hombre nunca le ha gustado sufrir; le tenemos miedo al sufrimiento y al dolor ya sea este un dolor físico o bien sea un dolor espiritual. Esa es nuestra naturaleza.

Sabemos que Cristo nos toma de la mano (a los que se dejan), y nos guía por senderos que muchas veces no queremos recorrer a pesar de que vamos con él. Recordemos que él mismo, es el Camino que nos lleva a la vida eterna, pero que antes de llegar a nuestro último destino, es necesario que nos conduzca por el camino angosto que nos lleva directamente a la Cruz. No podemos imaginarnos cómo es que, después de todo lo que sufrimos y, dolimos por consecuencia del Evangelio, tenemos que a travesar por la Cruz, para llegar al Cielo.

Por eso mismo, él, en su humanidad, nos vino a demostrar que sí podemos llegar. No vino solamente a echarnos porras y decirnos "¡Sí se puede, sí se puede! Al contrario lo demostró en la forma en la que se puede. En los párrafos anteriores hablamos de cómo Jesús se partió en partes iguales por todos nosotros y cómo en ese momento empezó a experimentar en su cuerpo carnal (sarx) el peso de todos los pecados del mundo. Ahora vemos como él, en el instante más dramático de su vida humana, experimentó el verdadero significado de: "Esto es mi Cuerpo, que será entregado por todos los hombres". En ese momento de su Pasión, en el huerto de Getsemaní, en el que la angustia tomó

parte de su vida carnal llevándolo a experimentar la debilidad humana, con todas sus corrientes de odios, celos, iras, falsos testimonios; enfermedades, drogas, vicios; infidelidades, sexo desordenado, pornografías; faltas de amor y atención por otros; madres que por motivos que no podemos comprender abortan a sus hijos; ver al hambriento y no darle de comer, al desnudo y no vestirlo, al enfermo y no atenderle, al preso y no visitarlo.

Qué tremendo. Creo que es bien difícil poder comprender del por qué Jesús sudó sangre, cuando con rostro plantado en tierra, pronunciaba aquella frase "Si es posible aparta de mí esta Copa que estoy a punto de beber". Esa Copa llena de todos los vicios y podredumbres de la misma humanidad que no busca la redención de Cristo, pero que se deja infundir de todo aquello que el mundo le ofrece para calmar los dolores de la vida causados por los caprichos del hombre. En realidad creo que lo más doloroso de ese instante para Jesús fue el hecho de que nadie se diera cuenta de lo que estaba a punto de hacer, aun así en las Escrituras se podía palpar que eso pasaría. Somos ciegos que vemos los signos de redención y aun así, no logramos comprender que solamente por medio del dolor y el sufrimiento nos encarnaremos en la misma vida del Señor, compartiendo con él, las angustias y las penas de la vida misma.

Ahora que lo más hermoso de todo fue que Jesús no solo se quedó en las quejanzas de su debilidad humana, por el contrario, levantando nuevamente su rostro, proclamó la segunda parte de su oración: "Pero que no se haga mi voluntad sino la tuya" (Mc 14: 36) Creo que mientras nuestras vidas se quedan con las quejas de la vida, nos despreocupamos de entregar todas nuestras cargas en Dios Padre, quien al final de cuentas es el único que dará paz a nuestras almas que hieren por las circunstancias que atravesamos. Pero es importante de entrar en esa realidad y vivir a plenitud la gracia de Dios en esos momentos críticos de nuestra vida y no cuando todo va bien. Por supuesto que no quiero que mal entiendan esto. Recordemos que el mismo Pablo nos dice que debemos de estar gozosos en el Señor en todo momento (Fil 4: 4) Lo que quiero decir es simple: Es fácil alabar a Dios cuando todo va bien y que difícil se hace levantar una adoración

cuando la vida nos trata como basura. Jesús nos dio el ejemplo verdadero de entrega y de confianza total en el Padre que sabe dar paz en esos momentos de infelicidad.

¿Quién de nosotros ha experimentado alguna vez ese tipo de angustia en nuestras propias vidas? La realidad es que si hemos experimentado en alguna ocasión los duros golpes de la vida, pero nunca la misma experiencia de Jesús al dejar que fuera la voluntad del Padre que ve con ojos de amor y que en medio de todo lo que vivimos y atravesamos, nunca nos dejará de su lado cuando confiamos plenamente en que su amor estará siempre con nosotros en medio de toda aquella oscuridad.

Lo difícil se hace en el hecho que no siempre queremos doblar rodillas y con rostro plantado sobre la tierra podamos expresarnos como Jesús. Lo que pasa es que solamente nos dejamos llevar por la situación tal que enfocamos nuestro universo a lo oscuro del problema sin tener en cuenta que si el problema tiene solución, entonces no debemos de preocuparnos y si el problema no tiene solución, entonces para qué nos preocupamos. La situación de Jesús fue diferente en la que él, iba a dar la vida por nosotros y en cambio hoy día nosotros no la damos, más bien, al contrario la quitamos con nuestras actitudes negativas hacia lo que nos sucede y con ello matamos también a los que nos rodean.

Estaba viendo las noticias una tarde y en ellas contaban sobre una mujer que desesperada por la situación económica, les cortó el cuello a sus dos hijas y luego se suicidó. Eso es lo que el mundo quiere de nosotros, que nos apartemos de todo aquello que nos da vida y nos deja hundir en el fango de la desolación y la desesperación. ¿Por qué no buscar ayuda? Ella sintió que ya nada se podía hacer y quizá se dijo: "He quemado todos mis cartuchos". Es triste ver hasta donde se llega cuando no reconocemos que en medio de lo que se experimenta, es como obtendremos la vida misma. Pienso que ella al sentirse sola, pensó únicamente en querer hacer un bien a sus hijas y en vez de ello les quito la oportunidad de forjarse un mejor futuro, dándoles la oportunidad de la vida.

Eso mismo nos ocurre cuando confiamos más en lo que el mundo nos puede ofrecer y nos abandonamos en sus garras y cuando nos tiene seguro, nos ahorca hasta dejarnos sin aliento. Es allí precisamente el instante en el que debemos de confiar en Dios. Recordemos como lo mencionamos anteriormente, Jesús demostró su humanidad en aquella Cruz que lo tenía colgado pagando nuestras deudas, más sin embargo, no se dejó amedrentar por lo que experimentaba con tremendos dolores, con calvos incrustados sobre manos y pies y si esto no fuera suficiente, atravesado en el costado, sino que por el contrario, confió plenamente en que el Padre lo socorrería en el momento indicado.

Pienso que nunca el hombre dejará de experimentar pruebas y dolores. Esto está impregnado en nuestra humanidad desde el mismo día en el que fuimos creados. Claro alguien me dirá por ahí que no fue cuando fuimos creados, más bien, desde el instante del pecado original. Lógicamente eso es una realidad de nuestra fe, pero pienso que el mismo hecho de ser ese sarx (carne), nuestro DNA no nos permite estar alejados de todos aquellos momentos de experiencias dolorosas.

Miremos por ejemplo los que son ricos (materialmente), si los vemos a simple vista, podríamos decir que son felices ya que nada les falta y hasta deseamos ser como ellos; pero si nos acercamos a ellos, nos daremos cuenta que sufren por qué no les roben, sufren por que la bolsa de valores pierde puntos y con ello su dinero, sufren porque sus hijos al verlos viejos, los abandonan en una casa de asilo para ancianos, mientras ellos se pelean la herencia.

Por otro lado está el pobre que sufre por no tener que darle de comer a sus hijos, por no tener un techo sobre su cabeza, por no poseer un buen empleo, si es que lo tiene, sufre por abusos en contra de su dignidad, por racismo, por injusticia social y hasta sufre por no poder pegarle al gordo de la lotería. Aun así el hombre puede hacer un perfecto balance en su vida cuando se dé cuenta que el sufrir es solamente una experiencia de vida de la cual se aprenden duras lecciones y que ellas mismas al aprenderlas bien, nos pueden conducir

a la verdadera felicidad sin necesidad de píldoras para la depresión o calmantes para apaciguar el momento que vivimos.

Jesús supo hacer ese balance; él hoy día está sentado a la derecha del Padre (Mt 26: 64) Veamos y analicemos: Su venida fue para que nos diéramos cuenta que si se puede lograr la verdadera felicidad en medio del dolor y sufrimiento, que si se puede alcanzar la vida eterna aun así seamos perseguidos y maltratados y que si confiamos totalmente en su amor verdadero, es como un día alcanzaremos la corona de la vida eterna.

Dice un cantico tradicional: "Más allá del sol, más allá del sol, yo tengo un hogar, hogar dulce hogar más allá del sol" y continua con una frase bien hermosa: "Aunque en esta vida no tenga dinero, sé que allá en el Cielo tengo una mansión". Pero ¿cómo llegar allá? Pues viviendo y experimentando el amor que está sobre todo amor, el amor que sufre y se entrega y que acepta lo que venga pues al final de cuentas la vida misma es solamente un paso, un momento en el infinito tiempo de Dios.

Pablo nos habla en su Carta a los romanos: "Porque estimo que **los sufrimientos** del tiempo presente no son comparables con **la gloria** que se ha de manifestar en nosotros. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Pero si **esperamos** lo que no vemos, aguardamos con paciencia...en la esperanza de ser liberados de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios". Rom 8: 18-25

Veamos por otro lado, como Jesús después de su agonía en el Getsemaní, después de los golpes recibidos que desfiguraron su rostro, después de ser humillado y luego latigueado, puesto la Corona de espinas sobre su cráneo, después de haber cargado con nuestra Cruz, es Crucificado y puesto como pedestal para el mundo, en un momento, sintió lo que realmente significa vivir en la carne; se sintió abandonado por él mismo y clamó al Cielo diciendo esas bellas palabras: "Eloí, Eloí, lama sabachtani; Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Mc 15: 33. Y aunque quizá para nosotros esas palabras suenan

humanamente débiles, ellas nos enseñan que en medio de todo dolor, pena o angustia, siempre debemos de clamar la presencia de Dios Padre en nuestras vidas.

Lo bello de todo esto, es que, Jesús, dice el Evangelio, después de dar un fuerte grito, expiró. Pero no se quedó allí, al contrario él resucitó y fue llevado en gloria para la vida eterna, a la derecha de Dios Padre. Es decir, retornó al lugar, a la esencia de donde un día salió y, un día regresará por todos aquellos que nos dispusimos a amar en medio de todo dolor y sufrimiento, que amamos como él ama y que perdonamos como él nos perdona.

Por lo tanto debemos de concluir con este pensamiento: "Verdaderamente sí que vale la pena vivir" Y si somos de los afortunados que les toca sufrir, entonces con alegría digamos como Santa Rosa de Lima: "¡Señor aumenta mis dolores, pero con la misma medida auméntame tu amor!"

Nos vemos en el Cielo...